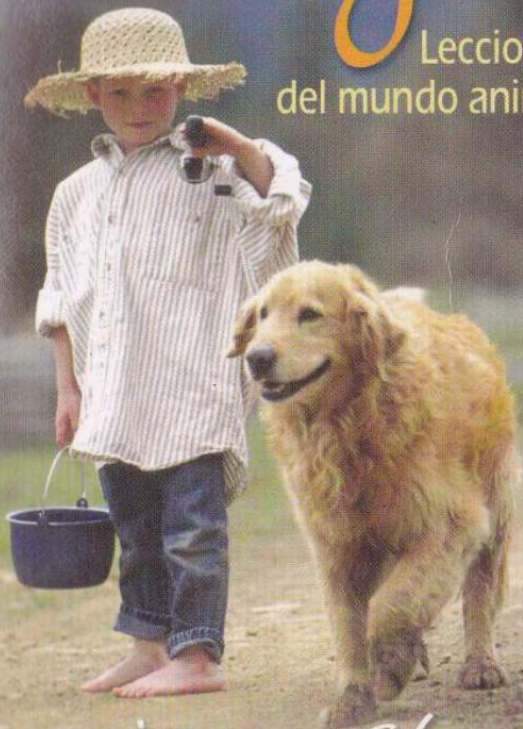


Había una vez un *Zoológico*

Lecciones
del mundo animal



Enrique Chaij

Había una vez un zoológico

Lecciones del mundo animal

Había una vez un Zoológico

Lecciones
del mundo animal



Enrique Chaij

Orador y director del programa de radio "Una Luz
en el Camino" y de televisión "Encuentro con la Vida"



APIA



ASOCIACIÓN PUBLICADORA INTERAMERICANA
2905 NW 87th Ave. Doral, Florida 33172, EE.UU.
tel. 305 599 0037 • fax 305 592 8999
mail@iadpa.org • www.iadpa.org

Presidente: **Pablo Perla**
Vicepresidenta de Finanzas: **Elizabeth Christian**
Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**
Vicepresidenta de Atención al Cliente: **Ana L. Rodríguez**
Dirección Editorial: **Francesc X. Gelabert**

Diseño de portada e interiores
Ideyo Alomía

Copyright © 2006, Asociación Publicadora Interamericana

ISBN
1-57554-064-9

Está prohibida y penada por la ley
la reproducción total o parcial de esta obra
(texto, diagramación), su tratamiento informático
y su transmisión, ya sea electrónica, mecánica,
por fotocopia o por cualquier otro medio,
sin permiso previo y por escrito de los editores.

Impreso por: Stilo Impresores Ltda., Bogotá, Colombia

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Prefacio

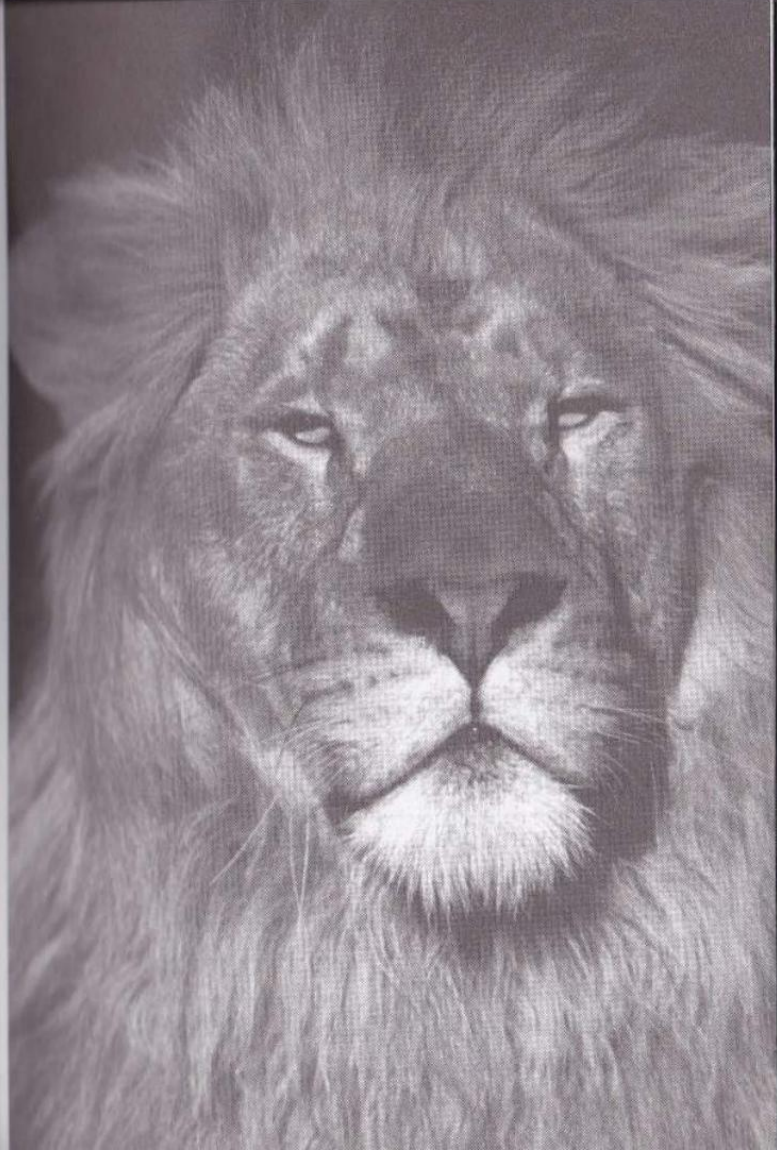
El gran zoológico de la vida

LOS HÁBITOS, los instintos y la modalidad de los diferentes animales siempre cautivan nuestra atención. Por eso nos agrada observarlos en un zoológico, y ver de qué manera viven y conviven entre sí.

En esta pequeña obra presentamos a diversos animales que, mediante el lenguaje de la realidad o de la fabula, compondrán un peculiar "zoológico" —un aula abierta—, donde podemos reflexionar y aprender. Imaginariamente, los veremos desfilar delante de nuestros ojos. El león y el mono, la tortuga y la serpiente, las aves y los insectos, todos ellos por igual nos ofrecerán lecciones de alto valor espiritual.

Y a medida que vayamos avanzando por las páginas de este "zoológico", comprobaremos que todos pertenecemos al otro gran zoológico de la familia humana, donde cada cual tiene su particular modo de ser. Y allí podemos disfrutar de la vida, si sabemos comportarnos con sensatez y con la confianza puesta en Dios.

En el capítulo final de la obra presentamos al "Cordero" y al "León" como símbolos del gran Dueño del "zoológico". Incluirlo a él en estas paginas es lo mejor que podríamos ofrecer.



Índice

Primera parte

Lo positivo en el "zoológico"

La inteligencia de las cabras	13
El ejemplo de la abeja	16
La pureza del armiño	20
La oveja quebrada	23
La hormiga y su puente	27
La lechuza "defectuosa"	31
El águila se decidió a volar	34
La araña perseverante	37
El perro salvador	40
Los camellos se arrodillan	44

Segunda parte

Lo negativo en el "zoológico"

La tortuga vanidosa	51
La boa traicionera	55
La zorra y las uvas	58
El ciervo orgulloso	62
El murciélago fingidor	65
El pájaro campana	68
El mono codicioso	72

Tercera parte

Contrastes en el "zoológico"

Las dos cotorras	79
El león y el cordero	82
La gallina y los patitos	85
Las dos ranas	88
El sapo y la luciérnaga	91
El lobo y el cordero	96
La rana y el buey	101
Perros limpios y perros pulguientos	104

Cuarta parte

Mas allá del "zoológico"

Manso como cordero	111
Fuerte como león	115
El "zoológico" perfecto	119



A high-contrast, black and white close-up photograph of an owl's face, split vertically down the middle. The owl's large, dark eyes with prominent white rings are the central focus, looking directly at the viewer. The feathers are detailed and textured, with some areas appearing lighter and others darker, creating a dramatic effect. The background is dark and indistinct.

Primera parte

**Lo positivo
en el zoológico**

La inteligencia de las cabras



COMENCEMOS con la visita a nuestro singular “zoológico” observando el curioso comportamiento de las cabras. A su manera, ellas tendrán algo para decirnos.

Como animalitos montaraces, las cabras a menudo avanzan por senderos muy angostos y escarpados. ¿Qué hacen cuando dos de ellas se encuentran frente a frente en una senda que tiene de un lado una pared vertical y del otro un profundo abismo? Retroceder no puede, tampoco puede desviarse una de ellas, porque el sendero es sumamente angosto.

Si las dos cabras insistieran en avanzar, ambas caerían al precipicio. Entonces ¿Qué hacen? El instinto les ha enseñado a echarse

a tierra, para que una de ellas pase por sobre el cuerpo de la otra, y así ambas puedan proseguir su camino. Tal vez nos preguntemos cual de las dos cabras toma la iniciativa de agacharse. Pues, cualquiera de ellas. Lo importante es salvar la vida y seguir caminando sin problemas.

¿No advertimos aquí una lección de conducta humana? Como ocurre entre las cabras, el saber "agacharnos" ¿no asegura con frecuencia el resguardo del bienestar propio y ajeno? Cuántas veces frente a una discusión, o cuando debemos arreglar nuestras diferencias con alguien, saldríamos ganando si estuviéramos dispuestos a "agachar el lomo". Pero nuestra naturaleza, viciada de amor propio, suficiencia y vanidad, nos impide tomar la buena iniciativa. Y así, nuestra obstinación y porfía nos lleva a insistir con nuestros argumentos. Con la cual quizá ganemos una discusión, pero perdamos a un amigo.

O si se trata de hacer las paces con alguien, cuán a menudo preferimos seguir ofendidos, en lugar de pedir o de ofrecer el perdón.

Como la cabra que se agacha no piensa que la otra la va a pisotear, ¿por qué pensar que en las relaciones humanas el ceder es perder? Por el contrario, saber ceder generalmente es ganar; es adoptar la amplitud mental de quien comprende y busca la armonía. Y si debe reconocerse humildemente el error propio, ¿no es esto una expresión de grandeza que hace más grata la existencia? Con razón San Pablo escribió: "Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros" (Efesios 4: 32).

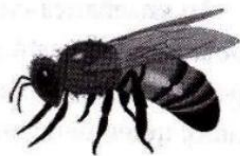
La enseñanza cristiana nos exhorta a despojarnos de nuestras preferencias egoístas y a ponernos un poco en el lugar de nuestro prójimo, quien tiene los mismos anhelos y necesidades que nosotros. Por eso la inmortal regla de oro presentada por el Maestro, dice: "*Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos*" (S. Mateo 7: 12).

Esta ley de condescendencia humana y de amor fraternal es la única que puede garantizar relaciones cordiales y constructivas. Des-

preciar esta ley divina equivale a no saber convivir y a deslucir la existencia. De ahí el inmenso valor de saber ceder y comprender. Tal la simple pero importante lección que nos enseñan las modestas cabritas montaraces.

Hemos comenzado así el paseo por nuestro “zoológico”, para señalar en primer lugar la ley fundamental de la buena convivencia humana: la ley del amor, la comprensión y la humildad. Si esta ley se cumpliera siempre tan sólo en el ámbito del hogar, ¡cuán diferente sería nuestro mundo! ¿No le parece?

El ejemplo de la abeja



¿**H**A TENIDO USTED la oportunidad de estudiar o de observar la vida de las abejas? Es admirable cómo viven y trabajan. Su instinto las lleva a trabajar casi sin cesar, con una perseverancia, una diligencia y una productividad que asombran al más indiferente. La vida de la abeja es corta:

no pasa los cincuenta días. Y durante ese tiempo alcanza a producir unos 25 gramos de miel. Para llenar el recipiente de un litro de miel en un día, ¿podemos imaginar cuántas abejas se requieren? Se afirma que para producir apenas medio litro de miel, las abejas hacen 2.700.000 viajes de flor en flor, y recorren 8.000.000 de kilómetros.

Frente a estos datos, cuán llamativo resulta encontrar junto a la noble abeja la presencia del zángano, el insecto macho que no produce miel, que no se gasta trabajando, y que es un símbolo del hombre holgazán que vive del trabajo ajeno. ¡Qué contraste entre la abeja y el zángano! Y este mismo tipo de contraste, ¿no se advierte también entre los seres humanos?

Mientras abundan las personas laboriosas, que atienden con responsabilidad su trabajo diario, están los otros, los que se creen “listos”, los tristes vividores, que sistemáticamente rehuyen todo trabajo que demande algún esfuerzo. Los primeros luchan y transpiran, en tanto que los segundos pasan la vida esquivando toda responsabilidad. Así está di-

vidida la sociedad: unos empujando el carro, y otros siendo llevados por él.

Pero como sucede en el mundo de las abejas, quienes se mueven constructivamente destilan la miel de sus buenas acciones, y con ellas endulzan la vida ajena y labran el bienestar propio. Son como las abejas: se mueven con empeño y laboriosidad. ¿Y qué diremos de los otros? Sí, podrán llevar una vida más liviana, aparentemente más placentera, pero en el fondo sintiéndose inútiles y fracasados.

Cuánto más progreso y felicidad tendría la gente, si no existieran los flojos y los holgazanes, y si los que son realmente activos se ocuparan en hacer sólo lo bueno. El rey Salomón declara que "dulce es el sueño del trabajador". Pero no sólo descansa mejor por la noche, sino que además durante el día disfruta de un espíritu tranquilo y satisfecho. Y al que tiene alma de zángano, el mismo autor bíblico le dice: "Vé a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio" (Proverbios 6: 6).

Dios bendice a quienes son diligentes en el cumplimiento de su deber, y a quienes no co-

locan injustamente sus responsabilidades sobre otros. Dentro de nuestra respectiva esfera de acción, todos tenemos una determinada función que cumplir, a la cual no podemos renunciar sin crear malestar en los demás. El padre, la madre, el hijo, el estudiante, el obrero, el empleado, el profesional, el empresario, todos gozamos mucho más de la vida cuando ponemos el hombro y realizamos con eficiencia nuestros trabajos cotidianos.

Dios, el Trabajador por excelencia, nos asigna cada día una cuota de actividades y tareas que es nuestro privilegio realizar con alegría. Además, él mismo nos da las fuerzas y el estímulo para vivir de esta manera. ¡Muchas gracias por tu noble ejemplo, abejita laboriosa!

El ocio y el trabajo

*El hierro de un bello arado,
después de largo reposo,
se hallaba muy empañado,
cuando vio pasar, lustroso,
a su hermano, que orgulloso
venía de la faena.*

Entonces con mucha pena le dijo: "Hermano querido, ¿quién te ha puesto tan pulido, tan hermoso, tan brillante; quién ese lustre te ha impreso, mientras que yo me hallo herido por este ferrumbre espeso que me hace estar cabizbajo?" Y en tono limpio y sencillo, contestó el otro: "¡Este brillo lo adquiriré en el trabajo!"

La pureza del armiño



AVANCEMOS unos pasos en nuestro recorrido por el imaginario "zoológico" de estas páginas. Detengámonos ahora frente a un armiño, ese animalito cuyo ambiente natural son las selvas de Asia y Europa, y que protege con singular celo su blanco pelaje.

Es increíble cómo el armiño se cuida a sí mismo para no mancharse. Especialmente en invierno, cuando su piel se torna blanquísimas. Y de esta característica del armiño, los cazadores obtienen cruel ventaja. Cubren con barro la entrada de la cueva del pequeño animal. Y cuando éste llega a su vivienda, en lugar de limpiar la puerta obstruida por el barro, por no manchar su piel prefiere ponerse a luchar contra los perros de caza, ante los cuales siempre sale perdiendo. De esta manera, por mantenerse limpio, el armiño pierde la vida.

Pequeño animalito de la selva, ¡cuán grande lección enseñas! Que la pureza vale más que la vida. Si los cazadores, los curtidores y los confeccionistas que viven de tu piel aprendieran esta lección, cuánta pureza podrían desarrollar en su vida. Y si las damas que usan tu codiciada piel recordaran esta misma lección, cuán beneficiadas podrían ser. El ejemplo del armiño es una muda condena a la impureza y la inmoralidad, cuyo amargo resultado significa la ruina de incontables seres humanos.

Al comienzo de su Sermón del Monte, Jesucristo declara: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios". Mientras la impureza, en cualquiera de sus formas, abre la huella del dolor y la culpa tras el placer fugaz que produce, la limpieza del alma proporciona genuina alegría.

Ciertamente es bienaventurada o feliz la persona que conserva la pureza de su corazón, y que a la vez repudia toda forma de bajeza humana. Por otro lado, es imposible que un hombre o una mujer pueda ser feliz mientras manche su conciencia con una conducta libertina o carente de integridad. Y pensar que abunda la gente que se empeña en demostrar lo contrario, es decir, que "la buena vida" es resultado de la conducta transgresora y licenciosa. Pero así les va a los tales y a quienes ellos contagian: se consumen en su propia descomposición interior.

¿Por qué manchar el corazón cuando, apartado del mal, puede garantizar paz y alegría? Salomón aconseja: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida"

(Proverbios 4: 23). Y ese corazón, que no es otra cosa que la mente, el pensamiento, el espíritu, sólo puede conservarse puro y libre de maldad cuando Dios lo dirige y controla. Por naturaleza, la mente tiende a alojar malos pensamientos e inclinaciones carnales. Pero el poder transformador del Altísimo puede encauzar la actividad cerebral por la senda segura de la limpieza espiritual.

La próxima vez que pensemos en el armiño, ¿no renovaremos nuestro deseo de vivir con blancura interior? Tal comportamiento asegura la bendición divina y la alegría de la vida.

La oveja quebrada



VEAMOS AHORA el caso particular de una oveja, cuya presencia deseamos destacar en nuestro "zoológico".

El turista se encontraba de visita en una zona rural de Suiza. Mientras observaba las

bellezas de la región, pasó frente a él un pequeño rebaño de ovejas encabezadas por su pastor. Y al forastero le llamó la atención que una de las ovejas tuviese quebrada una de sus patas. Acercándose entonces al pastor, le comentó el hecho. Y éste le respondió: "Sí señor, ya lo sé. Por extraño que parezca, yo mismo le quebré la pata. De todas mis ovejas, ésta era siempre la más atrasada. Nunca me obedecía. Así que tuve que quebrarle la pata para que aprendiera a depender de mí. Cuando se sane, éste será el animal modelo del rebaño. Entretanto, está aprendiendo a obedecer por medio del sufrimiento".

La experiencia de esta oveja nos lleva observar el comportamiento de los seres humanos. Como ocurrió con el animal, ¿no suele acaso el dolor físico o moral convertirse en una escuela efectiva para la vida del hombre? Sí, en la escuela del dolor podemos aprender lecciones que no seríamos capaces de aprender en circunstancias más favorables. Las adversidades, las angustias, las pruebas y aun la enfermedad pueden tornarse, bajo la dirección del

Altísimo, en beneficios permanentes para la vida. No es que Dios nos provoca el sufrimiento, pero sí lo permite como nuestro divino Pastor para pulirnos y ennoblecer nuestro carácter.

La felicidad que tanto anhelamos poseer, muchas veces va precedida de dolor. Y si somos buenos alumnos en esta escuela de la adversidad, allí descubrimos por fin la mano bondadosa de Dios y la fuente del gozo perdurable. Como lo decía William James: "Las más fructíferas experiencias espirituales tienen un común denominador de sufrimiento y desesperanza. Esta condición *debe presentarse* antes de que la persona esté dispuesta a aceptar la medicina y la enseñanza de Dios".

La vida del antiguo patriarca Job es muy ilustrativa al respecto. El sufrió toda clase de pruebas. Perdió todo lo que tenía, aun su misma salud. Incluso su esposa y sus amigos más allegados le hicieron más pesada la carga, debido a la incompreensión con que lo trataron. Sin embargo, desposeído, afligido y consumido como estaba, no desmayó en ningún momento. La prueba lo acercó más a Dios. Y si

antes había sido un hombre bueno, tras el dolor llegó a ser un hombre mejor. Finalmente, llegó a tener el doble de lo que había tenido en un principio (Job 42: 10).

Si usted estuviera atravesando un momento especial de quebranto y de dolor —como tantas veces ocurre—, y ha pensado que Dios lo tenía abandonado, ¿no le agradecería recordar ahora que el Todopoderoso está a su lado, y que él puede acrisolar su alma en medio de los peores infortunios? La oveja de nuestro relato inicial ilustra acabadamente esta verdad. No estamos solos en la hora del dolor. Cada vez que sufrimos, Dios fortalece nuestro ánimo y nos eleva con su paternal compañía.

¡Purifícame!

*¡Purifícame Señor!
en el crisol de la prueba,
pero no dejes, ¡oh Dios!
que me consuma en ella.
Destruye en todo mi ser
cada residuo de escoria,
hasta ser diáfano y puro*

*como la luz de la aurora.
Y cuando mi transparencia
semeje al fino cristal,
tu Santo Espíritu entonces
me guíe cual capitán
por los mares de la vida
hasta que llegue a tu hogar.*

—Delfín S. Lara

La hormiga y su puente



LAS HORMIGAS forman parte de nuestro “zoológico”. De ellas podemos extraer aplicaciones de valor práctico.

Cierto día me puse a observar la vida de las hormigas: sus movimientos, sus senderos, sus hormigueros. Quedé asombrado al verlas trabajar con tanto empeño y diligencia. Pero una hormiga en particular atrajo mi atención.

Negra y de tamaño mediano, esta hormiga llevaba como carga una pajita que era por lo menos seis veces más larga que ella misma.

Después de avanzar casi un metro con semejante carga, llegó a una especie de grieta, estrecha pero profunda, formada entre dos grandes piedras. Probó cruzar de una manera y de otra, pero todo su esfuerzo fue inútil. Hasta que por fin la hormiga hizo lo insólito. Con toda habilidad apoyó los extremos de la pajita en un borde y otro de la grieta, y así se construyó su propio puente, sobre el cual pudo cruzar el abismo. Al llegar al otro lado, tomó nuevamente la carga y continuó su esforzado viaje sin inconvenientes.

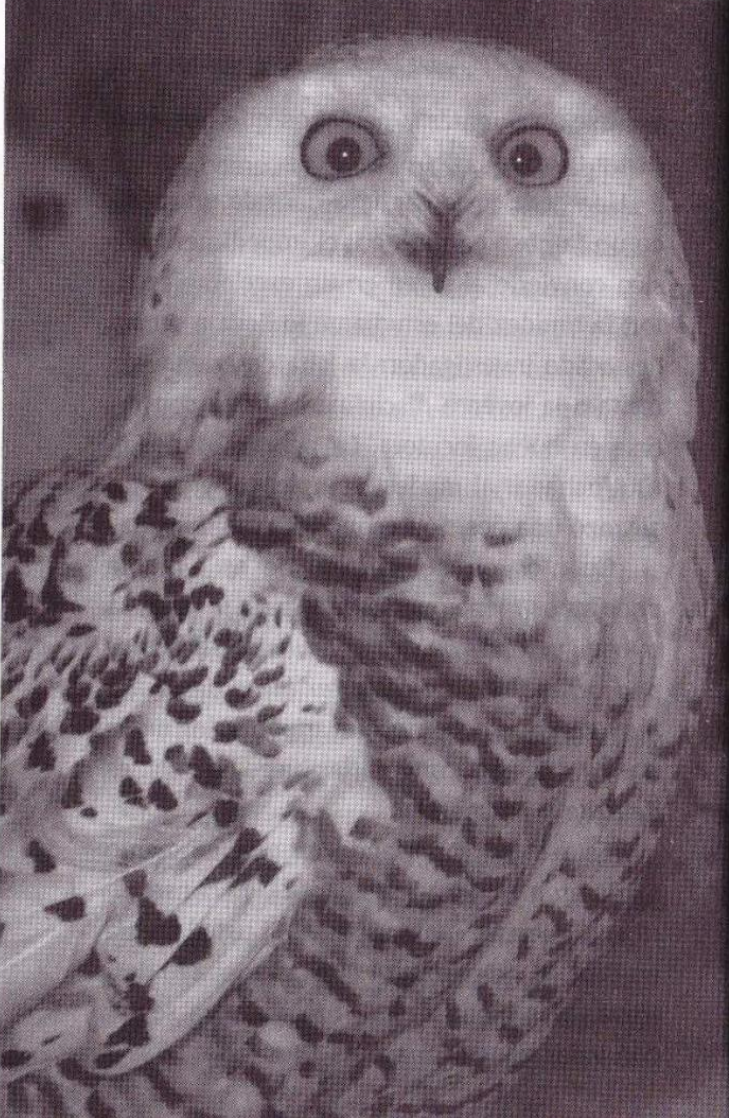
La hormiga supo convertir su carga en un puente, y así pudo continuar su viaje. De no haber tenido esa carga, que bien pesada era para ella, no habría podido avanzar en su camino. La moraleja se desprende por sí sola. ¡Cuántas veces nos quejamos por los problemas, las cargas y las pruebas que debemos soportar! Pero sin darnos cuenta, esas mismas cargas —bien tomadas— pueden con-

vertirse en puentes y peldaños que nos ayuden a triunfar.

Una deficiencia cardíaca hace de un médico un famoso cardiólogo; el impedimento físico convierte al joven en un excelente escritor; la timidez del estudiante lo lleva a ser un destacado investigador; la falta de buena voz incita a la joven a disciplinarse hasta convertirse en buena locutora. La pobreza dio espíritu luchador al modesto empleado, y por fin alcanzó una posición económica desahogada.

¡Cuántos otros ejemplos de esta índole podríamos mencionar! Todos para mostrar la misma verdad: *que con frecuencia debemos padecer males para disfrutar luego de bienes mayores*; que debemos llevar con valor nuestras cargas, para convertirlas luego en puentes de éxito y prosperidad.

¿Está usted soportando en este momento algún problema o adversidad? Nada conseguirá con quejarse y angustiarse. Si usted confía en Dios, él no permitirá que la prueba lo destruya. Más bien, le dará fuerzas para seguir con valor y lograr mayores alturas.



La lechuza “defectuosa”



DENTRO DE NUESTRO “zoológico”, esta vez nos encontramos en un taller de taxidermia. Y allí está de visita un hombre entendido en embalsamar animales. En una de las mesas del taller hay toda clase de animales disecados, que el dueño ha procurado mostrarlos tan reales como le fue posible. Pero el desconocido visitante concentró su atención en una lechuza. Y en seguida comenzó a criticar: “Esta lechuza no está bien disecada. La cabeza no está correctamente elevada, el cuerpo no está bien balanceado, y las plumas no están bien arregladas. ¡Si yo no pudiera disecar mejor una lechuza, abandonaría este oficio!” Pero ni bien terminó de decir estas palabras, la lechuza parpadeó y cambió de posición. ¡Era el único animal vivo en todo el taller!

Cuán equivocado estuvo este hombre. Tan dispuesto a criticar y encontrar defectos, para luego terminar burlado. Y su errada actitud, ¿no se asemeja a la que adoptan muchas otras personas cuando juzgan a su prójimo? Y ante esta debilidad universal brota la reflexión: Con cuánta facilidad podemos señalar en los demás sus posibles defectos —quizá más imaginarios que reales—, mientras pasamos por alto los nuestros que tal vez sean peores.

A veces, tras una observación rápida y prejuiciada, podemos llegar al extremo de condenar una acción en el vecino, que nosotros mismos no hubiéramos sido capaces de hacer en forma mejor. Y en tal caso, ¿con qué autoridad podríamos constituirnos en jueces de las acciones ajenas? Además, puesto que es tan difícil conocer las intenciones y las motivaciones que inducen a una persona a actuar de una determinada manera, ¿no deberíamos ser más medidos y considerados al hacer nuestras críticas?

Dijo Confucio: "Cuando veas a un hombre bueno, piensa en imitarlo. Cuando veas a un

hombre malo, examina tu propio corazón". ¿Por qué examinar nuestro corazón? Porque a menudo las faltas de los demás son bien parecidas a las nuestras, sólo que solemos ser ciegos para verlas en nosotros mismos. Por algo Jesús enseñó: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?... ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano" (S. Mateo 7: 1-3, 5).

Quien desee desarrollar y perfeccionar su carácter debería primero admitir sus propios defectos. Porque de lo contrario, ¿cómo podría luego combatirlos y vencerlos? Pero por nuestra propia cuenta no solemos tener suficiente humildad y valentía para reconocer nuestras flaquezas personales. De ahí la necesidad de acudir a Dios, para que él nos revele mediante la voz de nuestra conciencia la verdadera

condición de nuestro corazón. Y así, estando conscientes de nuestras imperfecciones, no tendremos ya tanta inclinación a criticar o difamar al prójimo. Más bien, cultivaremos la autocrítica, y buscaremos la asistencia divina para superarnos de día en día.

Cuando nos vuelva a la mente la lechuza de nuestro “zoológico”, ¿nos acordaremos de sacar primero la viga de nuestro propio ojo, antes de querer sacar la paja del ojo ajeno?

El águila se decidió a volar



EN EL “ZOOLOGICO” de la vida, podemos aprender importantes lecciones de las aves. He aquí una de ellas.

Un cazador llevó cierta vez a su casa un pichón de águila. Allí lo crió durante bastante tiempo como un ave de corral. Y como jamás había tenido oportunidad de desplegar

sus alas con el fin de volar, la pobre águila ya crecida no pasaba de dar muy cortos vuelos dentro de los límites del corral.

Pero un día el águila tuvo su gran posibilidad. El amo la tomó en sus manos y, llevándola afuera, le dijo: “Tú eres un águila, ¡vuela como águila!” Y así diciendo, la lanzó con gran fuerza hacia el cielo. Pero, tras unos pocos aleteos, el ave regresó a su lugar habitual. Entonces el hombre la tomó otra vez y, con la misma orden, le dio un fuerte impulso hacia las alturas, pero con idéntico resultado. Luego, en una tercera tentativa, el amo subió a lo alto de la terraza de su casa. Y nuevamente le dijo al ave: “Tú eres un águila, ¡vuela como águila!” Y esta vez, agitando su instinto dormido, el águila conquistó la altura y se perdió en la distancia.

¿No abundan los seres humanos que se asemejan al águila del relato? Tienen condiciones para elevarse y llegar a la altura del éxito. Pero por falta de esfuerzo, o falta de confianza en sus propias capacidades, estas personas se limitan a realizaciones mediocres.

Si no confiamos en nuestras aptitudes y talentos, no podemos abrirnos paso con éxito en la vida. Cuando desconfiamos de nosotros mismos, y desciende nuestra autoestima, nos volvemos reprimidos y vacilantes como el águila del cuento. Pero, ¿por qué conformarnos con lo mediocre, cuando es posible alcanzar la excelencia?

Ahora bien, ¿de qué manera podemos desarrollar una mayor confianza en nosotros mismos, a fin de apuntar más alto en todos los órdenes de la vida? La verdadera confianza propia, que se opone a todo sentimiento de inferioridad, procede de la confianza en Dios. Cuanto más confiamos en él, más recibimos su ayuda divina para tener iniciativa y entusiasmo.

¿Se encuentra hoy usted indeciso o temeroso frente a sus obligaciones y responsabilidades? ¿Se siente por momentos disminuido, y piensa que usted no podrá llegar a la meta, o alcanzar el blanco que se ha propuesto? Incluso, ¿hasta ha perdido las ganas de ascender con éxito la cuesta de la vida? ¿Duda de su propia energía y voluntad? Entonces pien-

se que el Altísimo le ha dado condiciones suficientes para emprender buenas tareas. *El valor, la determinación y el espíritu emprendedor son dádivas de Dios*, accesibles a todos por igual, aunque exista diferencia de grado entre unos y otros.

Y si alguna vez hemos fracasado en nuestros nobles intentos, ¿no persistiremos en la lucha? El águila de nuestro relato fracasó dos veces. Pero en la tercera vez conquistó la altura. ¿No podría ocurrir otro tanto con usted y conmigo?

La araña perseverante



UNA SIMPLE arañita procuraba tejer su tela, sin saber que con su acción estaba hablando al corazón de un rey abatido. Se trataba del rey Roberto Bruce, de Escocia, quien estaba afrontando serias

dificultades. El rey de Inglaterra, con sus poderosos ejércitos, lo había vencido ya seis veces, y su ejército estaba totalmente debilitado y desmembrado.

El propio rey Roberto estaba escondido en una modesta casa de campo. Había perdido toda esperanza de rehabilitación. Pero mientras descansaba en ese escondite en una mañana lluviosa, miró hacia arriba y alcanzó a ver sobre las vigas del techo a esa araña tejiendo su tela.

Al observarla detenidamente, notó que seis veces la araña quiso tender su tela entre una viga y otra, pero que siempre el hilo principal se le caía. Sin embargo, en el séptimo intento la araña venció y pudo asegurar y tender todos los hilos de su tela.

Al ver la constancia triunfadora de la araña, el corazón de Roberto Bruce se reanimó. Entonces se levantó, y dijo: "Yo también lo intentaré por séptima vez". Y saliendo de su escondite, organizó a sus soldados, libraron la batalla y lograron vencer a los ingleses y arrojarlos de Escocia.

¡Admirable persistencia la de aquella araña, que no se dejó vencer por sus repetidos fracasos! Con su ejemplo llenó de valor al rey abatido, quien finalmente atacó al enemigo y lo venció.

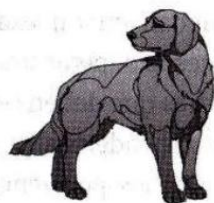
La experiencia de la araña y del rey de Escocia, de alguna manera representa la experiencia de todos los seres humanos. ¿Quién en su lucha por abrirse paso no debe soportar pequeños y grandes fracasos? Pero feliz de aquel que no desmaya, que no desespera ante el primer obstáculo, y que persevera hasta triunfar. Y esto se aplica a todos los órdenes y actividades de la vida: al estudiante que repueban en un examen, al empresario que necesita superar una crisis económica, o a los padres que deben ser constantes en su esfuerzo por enderezar a un hijo descarriado.

Darnos por vencidos es aceptar el fracaso y ser aplastados por él. Pero a menudo el probar una sola vez más puede significar la conquista del éxito. ¿Cómo se siente usted en esta hora del día? ¿Desalentado, frustrado, o impaciente por llegar en seguida a la meta? En

tal caso, quizá un esfuerzo adicional, un intento más puede asegurar la victoria. *Si nuestros sueños e ideales guardan proporción con nuestras capacidades personales, no hay razón para temerle al fracaso.*

Dijo Jesucristo: "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (S. Mateo 24: 13). Estas palabras aluden tanto a la conducta de la vida como al estado del corazón. Perseverar en el esfuerzo, en el correcto proceder, y especialmente en la fe puesta en Dios. Este es el camino que transitan los verdaderos triunfadores. Así lo confirma la constancia de la citada araña que no se dio por vencida.

El perro salvador



LOS PERROS no podrían faltar en nuestro "zoológico". Aquí deseamos detenernos en uno de ellos para destacar su comportamiento ejemplar.

Cierto hombre que quería deshacerse de su perro, no tuvo mejor idea que ir con su bote hasta el medio del río para tirar allí a su despreciado animal. Esto ocurría en la ciudad de París, sobre el río Sena.

Cuando el hombre ya se encontraba en la parte más profunda del río, dejó los remos, se paró en el bote, tomó a su perro y lo arrojó al agua. Pero el pobre animal comenzó a nadar alrededor del bote para salvarse, mientras el hombre sin corazón trataba de impedirse golpearlo repetidamente con uno de los remos. Hasta que de pronto el hombre resbaló y cayó al agua. Como casi no sabía nadar, comenzó a bracear desesperadamente. Entonces el perro, sin vacilar, lo tomó de la ropa y lo sostuvo hasta que varios observadores de la costa pudieron auxiliarlo. De esta manera, el perro despreciado llegó a ser el salvador de su amo cruel.

¿No actúa a menudo el hombre con Dios como aquel amo con su perro? Durante largo tiempo muchos llevan a Dios en la embarcación de su vida. Pero llega la hora cuando quieren desentenderse de él. Piensan que

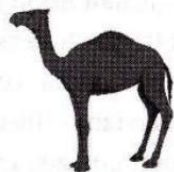
pueden depender sólo de sí mismos, y que podrían pasarlo mejor desconectados de Dios. Hasta se esfuerzan por arrancar de su mente la idea de Dios y la fe en él. ¿Y qué ocurre como resultado? Simplemente que los tales, en lugar de mejorar su condición personal por desalojar al Señor de la vida, terminan en frustración, amargura y fracaso. El mundo está lleno de jóvenes y adultos afectados por esta mentalidad equivocada.

Pero frente a este naufragio espiritual, Dios se acerca a quien quiso prescindir de él, le habla a su conciencia, y le extiende su mano salvadora para restaurar su errático proceder. Lo saca del pozo de su fracaso, lo perdona y le salva la vida. *No importa cuánto nos alejemos de Dios, o cuánto lo rechazemos dándole la espalda, él se acerca a nosotros con amor.* Si estamos en crisis, él quiere librarnos de ella. Si estamos en peligro, nos da la seguridad de su protección. Y si hemos dejado de amarle, él igualmente nos rodea con su amor insondable. Su paciencia es infinita, y su amor inagotable.

¡Cuán necia fue la actitud del hombre que quiso deshacerse de su perro, y cuán leal y perdonadora fue la disposición del perro! Adecuada ilustración del hombre que a menudo reniega de Dios, y a la vez de un Dios que hace por amor todo lo posible en favor del hombre.

El profeta bíblico Isaías declara: "Buscad a Dios mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano" (Isaías 55: 6). Y en otro sector de su Palabra, Dios mismo dice: "Buscadme, y viviréis" (Amós 5: 4). Esta es una invitación a acercarnos al Altísimo y permanecer junto a él. Una invitación a darle el primer lugar en nuestra vida. Aceptar esta propuesta proporciona vida plena y los goces más hermosos de la amistad con Dios. ¿Se encuentra usted en esta onda de bienestar espiritual?

Los camellos se arrodillan



NUESTRO “ZOOLOGICO” nos lleva ahora a observar la vida de los camellos.

En las caravanas de los mercaderes orientales existen dos tareas que deben realizarse cada día, mientras atraviesan los calurosos y dilatados desiertos. Una de estas tareas consiste en hacer arrodillar a los camellos temprano por la mañana, para colocar y ajustar sobre sus lomos la carga que llevarán durante todo ese día de travesía. La otra tarea es la inversa. Se realiza al fin del día, cuando toda la caravana se detiene para descansar; y consiste en hacer arrodillar nuevamente a los camellos para quitarles la carga. Hasta que lleguen a destino, los mercaderes repiten cada día esta doble operación.

Como viajeros de la vida, bien haríamos en actuar como los camellos. Al comienzo de

cada jornada nos toca colocarnos la carga de nuestros trabajos, afanes y preocupaciones. Y es entonces cuando —a semejanza de los camellos— deberíamos saber arrodillarnos ante nuestro Amo divino, para que él coloque sabiamente el peso de nuestros deberes cotidianos, y no desfallezcamos abrumados en el camino.

Es señal de cordura postrarnos ante Dios —a lo menos en espíritu—, en busca de ayuda y fortaleza al comienzo de cada jornada. ¡De cuántos problemas podríamos librarnos, y de cuántos beneficios podríamos disfrutar, si hiciéramos de la oración nuestra primera labor matinal! Puede ser a solas y en silencio, o como práctica colectiva del grupo familiar. Pero lo importante es encomendarnos al Altísimo y rogar con fe su dirección divina. Entonces, ¡cuánto más seguros y protegidos nos sentiríamos! Se aliviarían nuestras cargas, y todo nos saldría mucho mejor. Con razón, la autora cristiana Elena G. de White escribe: “Conságrate (busca, encomiéndate) a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primera tarea.

Sea tu oración: "Tómame oh Señor como enteramente tuyo. Pongo mis planes a tus pies... Mora conmigo".

Y transcurrido el día de labor, con todas sus demandas y obligaciones, de nuevo imitar a los camellos del desierto: arrodillar el alma frente al Eterno, para quitarnos las cargas del día y asegurar el buen descanso de la noche.

Cuando adquirimos este doble hábito diario, parecería luego que nos faltara algo en la vida si no comenzamos y terminamos la jornada en diálogo con Dios. En una pequeña tarjeta que siempre llevo conmigo, se leen estas dos palabras: "¡ESPERA! ¿ORASTE?" Un simple recordativo que pone el acento en el valor de la oración. Pero además insinúa que antes de realizar cualquier tarea, y al comienzo y final de cada día, es altamente saludable buscar la dirección divina. "Orad sin cesar", aconseja San Pablo.

Oración de la mañana

Muchas gracias, Señor, por tu protección durante la noche. Mil gracias por este

nuevo día de vida que me das. Dame fuerza y sabiduría para vivirlo bien. Bendice mi trabajo de hoy. Hazme amable con los demás. Danos salud y bienestar en nuestra familia. Ayúdame a conservarte en mi corazón durante todo el día.

Oración de la noche

Señor, muchas gracias por el día que me diste. Perdona cualquier maldad que haya cometido. Dame una conciencia en paz y un descanso reparador. Cuida de mi familia. Y que mañana al despertar, tenga el espíritu radiante para enfrentar el nuevo día. Dame la capacidad de hacer siempre tu divina voluntad.



Segunda parte altamente saludable

Lo negativo en el “zoológico”

La tortuga vanidosa



EN NUESTRO peculiar “zoológico” también hay tortugas. Observemos la iniciativa de una de ellas.

Según la fábula de Esopo, había una tortuga que, al observar cada año las migraciones de las aves, cierta vez les pidió a dos pájaros que la llevaran consigo. Para ello sugirió la idea de que los dos pájaros sujetasen un palo desde sus extremos con sus picos, y que ella se tomaría con su boca del medio del palo.

Como las aves mostraron buena voluntad hacia la tortuga, aquel extraño trío remontó vuelo y emprendió el viaje. Pero al poco tiempo un agricultor levantó la cabeza, y alcanzó a ver ese extraño cuadro. Entonces dijo con admiración: “El que tuvo esa idea fue muy inteligente”. Al escuchar esas palabras, la tortuga,

que era muy vanidosa, no pudo permanecer callada, y exclamó: "¡Esa idea fue mía!" Y así, por abrir su boca, cayó en tierra y murió.

La curiosa tortuga de la fábula no es más que una semblanza de la gente que se destruye a sí misma por causa de la vanidad. Hombres y mujeres tan conscientes de sus propias capacidades, que incurren en actitudes ridículas de autoalabanza. Los tales parecen no tener otro afán que el de pregonar sus virtudes, supuestas o reales, con lo cual revelan el grado de orgullo que llena sus corazones. Cuántos se dan aire de importancia, buscan el reconocimiento de los demás, y viven engreídos creyéndose superiores a los demás. Y todo por encarnar el necio espíritu de la cita-tortuga, cuyo fin es la ruina inevitable.

El vanidoso es egoísta, vive autoengañado, es despreciativo hacia los demás. Y como resultado, ¿qué cosecha sino la indiferencia y el repudio del prójimo? Pero esto no es todo. El vanidoso, además, prospera muy poco, porque piensa que todo lo sabe y que nada necesita aprender. A él, ¿quién le va a enseñar? Pero si

consigue aprender o adquirir algo nuevo, se volverá tan exhibicionista al mostrar su nueva adquisición, que esa misma actitud desmerecerá sus logros.

Pero lo más lamentable es que la vanidad aleja de Dios. Porque al Altísimo sólo lo buscan quienes reconocen sus limitaciones y necesidades. Es decir, se requiere un grado elemental de humildad para buscar a Dios, para pedir su perdón y para solicitar sus bendiciones. Y el vanidoso carece de humildad, porque es autosuficiente y egocéntrico. El cree que puede depender sólo de sí mismo, sin necesidad de la ayuda divina. Y por eso así le va. Aunque aparente ser fuerte por fuera, es débil por dentro.

Cuán valiosa es la gracia de la humildad. Quien la posee desarrolla su fe en Dios, ora a él y suple sus necesidades. *El humilde es realmente grande a la vista del Altísimo, mientras que el vanidoso es pequeño y ciego para verse en su justa dimensión.* ¿Estamos conscientes de que la vida plena sólo se consigue con humildad? Si lo dudamos, volvamos a la tortuga y veamos su triste final.

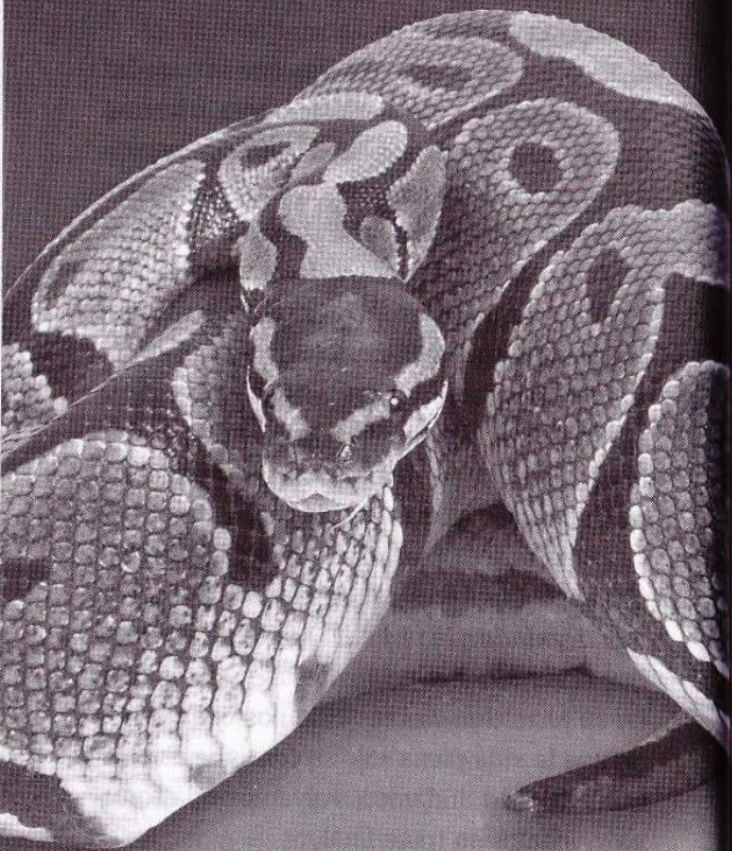
La boa traicionera



LAS SERPIENTES integran la población de nuestro “zoológico”. Concentremos nuestra observación en una de ellas.

Hace algunas décadas, en una sala de espectáculos de la ciudad de Nueva York, un domador de animales realizaba sus audaces demostraciones. Para empezar la función, aparecía dentro de una jaula, decorada de tal manera que parecía un trozo de selva verdadera.

El domador permanecía en el centro, rígido como una estatua. De pronto una enorme boa constrictora aparecía por un lado de la jaula, y comenzaba a dar vueltas alrededor del hombre. Poco a poco lo iba estrechando, hasta que al fin la serpiente se enroscaba en el cuerpo del domador, y terminaba posando su horrible cabeza sobre la de su amo. Tal demostración siempre arrancaba del público los más sonoros aplausos.



Pero un día, cuando la exhibición estaba finalizando, de repente cesaron los aplausos. Un terrible espanto brillaba en los ojos del domador. Y ante el horror de todos los presentes, la boa, que siempre se había mostrado tan dócil, comenzó a estrujar al domador. Se oyeron los ruidos de los huesos que iba rompiendo el cruel abrazo del gigante reptil. Un momento después, el cuerpo yacía en el escenario como un montón de carne sangui-nolienta, mientras el espantoso animal volvía a desaparecer por donde había entrado.

La acción traicionera de la boa bien puede ilustrar la forma como la maldad actúa sobre el corazón humano. La mayoría de las veces el mal se presenta con un manto de inocencia, como una forma de libertad, como una novedad excitante, o como una simple curiosidad. Pero lo que en un principio parece tan seductor y entretenido, a menudo termina siendo la ruina de la vida. Y esto vale indistintamente para cualquier desviación de la conducta: sea para quien se inicia en el consumo de la droga alucinógena, o para aquel que ingenuamente cae

en la disimulada trampa del placer libertino.

El mal nunca muestra de entrada su verdadera naturaleza de corrupción y degradación. Como afirma San Pablo, hasta "el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz" (2 Corintios 11: 14). La sutileza con que se presenta la tentación pecaminosa, y su postrer efecto desintegrador sobre la víctima, dicen a las claras que no podemos jugar con el mal, y a la vez pretender que nos vaya bien. Tal es la dramática lección que nos enseña la boa constrictora del relato. Por un tiempo podemos coquetear con el mal sin sentir de inmediato su efecto destructor. Pero llega la hora cuando el mal, no importa cuál sea, descompone y arruina la vida, si no sabemos apartarnos a tiempo de él.

Feliz de aquel que sabe rechazar el mal, por mas cautivante que se muestre. *El que opta por lo sano, y procura hacer la voluntad de Dios, siempre goza más de la vida.* El pecado podrá ofrecer la fugaz sensación del placer; pero la conducta limpia garantiza contentamiento estable al corazón. Con razón, el sal-

mista David aconseja: “Apártate del mal, y haz el bien”. Y en su oración de arrepentimiento y confesión, declara: “Crea en mí, oh Dios, *un corazón limpio*, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmos 34: 14; 51: 10).

Junto a Dios es posible rechazar el mal y obrar el bien.

La zorra y las uvas



NUESTRO PASEO por el gran zoológico de la vida, nos lleva ahora a contemplar la zorra de Samaniego. Esta familiar historia se concentra en una zorra que quería comer las uvas del racimo. Y para ello saltó y probó de diversas maneras. Pero sin éxito, porque la parra era muy alta. Hasta que por fin, comprendiendo la zorra que no podría alcanzar las uvas, por no reconocer su impotencia, dijo: “¡No las quiero comer! ¡No están maduras!”

La fábula del gran escritor español pone al descubierto la debilidad humana del amor propio. Ese defecto que malogra cada día el carácter de multitud de personas. Es el hombre o la mujer que, en lugar de reconocer su error o su incapacidad, prefiere pasar por impecable, mientras echa sus culpas sobre el prójimo cercano. No puede sufrir la idea de que se le descubra su incapacidad. La zorra dijo que no quería comer las uvas porque estaban verdes, pero no porque no las alcanzaba, cuando la verdad era justamente al revés. ¡El problema estaba en el racimo, no en la zorra!, según ella quiso hacer creer.

Y pensar que abunda la gente que insiste con esta clase de comportamiento. Quizá sonríamos, o nos indignemos, frente a semejante actitud. Pero esta vileza de encubrir las faltas propias, para cargarlas sobre los demás, ¿no se encuentra entre las peores miserias humanas? ¡Error tan común e inútil! El lenguaje de la zorra tendría que haber sido: “Las uvas están maduras. Quisiera comerlas, pero yo soy muy baja de estatura para alcanzarlas”.

¿Cómo llamaríamos a quien no sabe o no puede llegar a la meta, y termina diciendo que eso era poca cosa para él? Mentiroso, mezquino y enfermo de amor propio. Se trata de alguien que incurre en el mecanismo mental de autodefensa, llamado *racionalización*. Mediante este recurso, la persona siempre expresará algún pretexto, motivo o excusa para defender su ego. Siempre tendrá una explicación para “justificar” su demora, su infidelidad o su fracaso. Con lo cual querrá pasar por impecable, aunque haga el ridículo papel del cobarde que no sabe decir la verdad. ¡Triste imitación de la zorra del cuento!

¡Cuán contradictoria es esta clase de persona! Siente una cosa, pero dice otra diferente. Admira a alguien, pero a la vez lo calumnia. ¿A qué obedece esta forma de proceder? Al egoísmo y al orgullo que, cuando penetran en el corazón, echan a perder todo el ser interior.

El mal estudiante —que quiere explicar sus bajas calificaciones—, podrá decir de su buen compañero: “Bah, él saca esas calificaciones porque se pasa todo el día estudian-

do”. La muchacha descuidada en su vestir podrá “disculpase” a sí misma, diciendo acerca de su amiga: “Ella se viste así por vanidad. A mí no me gustan sus vestidos”. Y el dueño de un auto viejo, quizá desprecie —de labios para afuera— el coche nuevo de su vecino. El podrá comentar: “Viejo y todo, yo me quedo con mi auto, que me ha dado un gran resultado”. ¿Qué decir de estas tres personas? En el fondo, este tipo de desprecio, ¿no estará teñido de codicia y envidia?

La zorra de la fábula debía sincerarse y decir la verdad. Así también debemos funcionar los seres humanos. Si tenemos una medida elemental de amor fraterno, jamás mentiremos, despreciaremos o calumniaremos al prójimo. El amor y la verdad siempre llegan más lejos y más alto. Dice San Juan: “Amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios... El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (S. Juan 4: 7, 8).

El ciervo orgulloso



EN NUESTRO singular “zoológico” nos encontramos ahora con un ciervo. El animal había llegado hasta una fuente de agua cristalina. Y mientras bebía del agua, observó cuán hermosos eran sus cuernos, qué gracia y distinción le daban. Pero además, también vio reflejadas en el agua sus largas patas. Y pensó para sí: “¡Cuán largas son, y qué pies tan chicos tengo!”

Pero no terminó el ciervo de pensar en sus cuernos y en sus piernas, cuando a la distancia apareció un león. Rápidamente el ciervo echó a correr con sus veloces patas. Pero con tan mala suerte que sus cuernos se enredaron al pasar por los arbustos del bosque, y el león lo alcanzó y lo devoró. Los pies que tanto había despreciado lo salvaron del león,

mientras que los cuernos que tanto orgullo le habían dado, fueron la causa de su destrucción.

El pobre ciervo del cuento, al igual que los otros animales que desfilan por el “zoológico” de estas páginas, encierra una importante lección humana. Bien puede representar a las personas que desprecian ciertas características de su vida, y a la vez se enorgullecen por las virtudes que *dicen* poseer. Y como resultado de semejante actitud, cuántas veces las tales personas cosechan en su propia experiencia el triste fin del ciervo.

A menudo, lo que parece despreciable en la vida propia puede abrir las puertas del éxito, como también, lo aparentemente meritorio, puede ser apenas una carga inútil de arrogancia y vanidad. El que se queja de su salud precaria, de su timidez, de sus pocas luces intelectuales, o de sus modestos recursos económicos, puede encontrar en tal condición un estimulante desafío para superarse y alcanzar un noble ideal. En cambio, aquel que confía exageradamente en sus pretendidas aptitudes

puede perder el espíritu de lucha, y quedar por fin a la zaga de quien parecía menos apto.

¿No vemos cada día —en todos los órdenes de la vida— a personas que con lo poco que tienen, igualmente triunfan, mientras que otras mejor dotadas lloran su fracaso? Este es un tema digno de reflexión y del mejor autoanálisis: por qué unos llegan, y otros quedan detenidos en el camino.

¿Qué tal si en este día hiciéramos una lista de todos nuestros defectos y virtudes? Tal vez nos sorprenderíamos al vernos retratados en dicha lista. Pero lo importante será no envanecernos ante las virtudes, ni desalentarnos frente a los defectos que descubramos. Toda virtud debe ser acompañada de sensatez y modestia; y todo defecto puede superarse para embellecer el carácter.

¿De qué manera es posible lograr esta calidad de vida espiritual? El empeño y la fuerza de voluntad son insuficientes. Pero como dijera San Pablo, “todo lo puedo en Cristo que me fortalece”;... él “suplirá todo lo que os falta” (Filipenses 4: 13, 19). Sí, Dios lo puede hacer

por nosotros, si se lo pedimos con fe en oración. Porque “*lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*” (S. Lucas 18: 27).

¿No le parece que fue valiosa la lección que, a través de su error, hoy nos recordó el ciervo de nuestro relato?

El murciélago fingidor



SEGUIMOS nuestro paseo por el imaginario “zoológico” de la vida, presentando ahora la baja actitud de un despreciable murciélago. El fabulista Esopo cuenta que cierta vez se desató una guerra entre las aves y los animales terrestres. Y el murciélago, que era muy cobarde, ideó un ardid para librarse de ir a la guerra. Cuando estuviera entre las aves, abriría sus alas y volaría pareciéndose a un pájaro. Pero cuando se encontrara

con los animales terrestres, plegaría sus alas y simularía ser un ratón.

Y al comienzo le fue bien con su engaño. Sin embargo, al cabo de un tiempo sucedió lo inevitable. Las aves repudiaron al murciélago, porque consideraron que él no era un pájaro. Y los animales terrestres hicieron lo mismo, porque el murciélago no era como ellos. Hasta que finalmente, todos arremetieron contra él y lo destruyeron.

¡Cuántos hombres y mujeres se parecen al murciélago de la fábula! Durante cierto tiempo mantienen dos caras, que las acomodan según la conveniencia del momento. Y aparentemente les va bien: engañan y prosperan. Pero llega la hora cuando la verdad sale a la luz, y se descubre la doble cara del fingimiento. Entonces sobreviene el repudio de los demás, y el hipócrita queda autodestruido.

La simulación, la doblez y la hipocresía son debilidades humanas muy comunes. Las encontramos por doquier en todo nivel social, económico, cultural y hasta religioso. Y tales bajezas nos lastiman mucho más cuando pro-

ceden de un amigo, de un compañero de trabajo, o de un pariente cercano. Sin duda, Judas es el clásico prototipo del hipócrita y fingidor. Durante años vivió simulando, hasta que por fin traicionó a su mejor Amigo. Y si usted y yo no nos esforzamos por cultivar la verdadera sinceridad, a la puerta de nuestro corazón puede estar asechando el repudiable espíritu de Judas o del murciélago fingidor.

Decir una cosa, pero sentir lo contrario; prometer algo, sabiendo que no se lo cumplirá; aparentar bondad genuina, pero teniendo dentro el veneno de la maldad calculada. ¿Qué son estas vilezas, sino el fruto de un alma descompuesta? *¡Cuán hermoso es tener una sola cara, un solo corazón, una sola mirada, sin doblez de ninguna especie!* La conducta limpia y transparente todavía sigue siendo una elevada virtud. Esta es la cualidad del buen cristiano, que lo distingue por encima del cobarde y el engañador. El apóstol Santiago destaca que la verdadera sabiduría de la vida es "sin incertidumbre ni hipocresía" (Santiago 3: 17).

Cuando permitimos que Dios conduzca nuestra vida, se acaban el engaño, la mentira y la hipocresía. En reemplazo surge la integridad, que proporciona paz al alma y nos permite mirar siempre de frente al hermano. Transparencia o doblez. ¿Con cuál de las dos nos quedaremos?

El pájaro campana



DETENGÁMONOS por un instante a observar al pájaro campana. Esta es un ave que vive solamente en Sudamérica y en América Central. Y recibe ese nombre porque su canto es una imitación perfecta del sonido de una campana. Este pájaro habita en los rincones más profundos de la selva tropical. Y su canto produce un miedo casi supersticioso entre los indígenas.

Cuando una persona perdida en la selva escucha el canto del pájaro campana, procura

guiarse por medio de él para encontrar el camino de salida. Le parece estar escuchando alguna campana verdadera que suena a la distancia. Y así, sin darse cuenta, la víctima comienza a caminar trazando grandes círculos. Hasta que llega el momento en que la razón se desequilibra, y la única obsesión de la persona es llegar al lugar donde suena la campana. Finalmente, el desesperado queda por completo a merced de la selva. No es raro, entonces, que más de un viajero perdido haya encontrado la muerte en tales circunstancias.

¿Encontramos aquí alguna lección? De la misma manera que el pájaro campana atrae y engaña en medio de la selva, en todo pueblo y ciudad de la tierra existen muchos "cantos" que engañan a incontable número de personas, jóvenes y adultos por igual. A veces ese canto seductor procede de una simple invitación para ir a cierto lugar, o para probar por primera vez la droga. Y aceptada con ingenuidad, esa invitación puede convertirse en la trampa fatal de la vida. Esta es la dolorosa experiencia que suelen sufrir los alcohólicos,

los drogadictos y aun los “elegantes” fumadores que terminan siendo víctimas del vicio tabáquico. Muchos seres desorientados, fracasados y renegados de Dios han llegado a tal condición por haber escuchado ese triste canto engañoso.

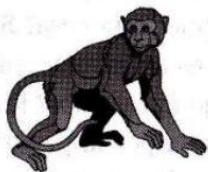
Pero en medio de tantos cantos y voces discordantes, que marean y confunden el alma, existe una voz diáfana y apacible que ofrece seguridad. Es la voz de la conciencia individual. Por medio de ella podemos conocer dónde están los peligros, cómo debemos comportarnos, y qué camino debemos tomar. Es como lo dice el antiguo profeta Isaías: “Tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, *andad por él*; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda” (Isaías 30: 21). ¿No es admirable que Dios mismo nos hable así a la conciencia —el fino oído del alma—, para mostrarnos la buena senda e impedir que tomemos un rumbo equivocado?

La pregunta clave es ésta: *¿Solemos obedecer esa voz divina?* ¿Nos dejamos guiar por

ella, o después de escucharla hacemos cualquier otra cosa? Si desechamos las indicaciones de esa voz, ¿debería extrañarnos que luego fracasemos? En cambio, si regimos nuestra vida por la palabra rectora de Dios, presente en la conciencia y en la Sagrada Escritura, podremos avanzar seguros hacia la prosperidad y la redención.

El canto del pájaro campana puede confundir y extraviar. Los cantos seductores del mal pueden arruinar la vida de millones. Pero la voz suave y apacible de la conciencia, cuando es la voz de Dios se convierte en el gran canto que alegra y santifica la vida entera. ¿No procuraremos, entonces, escuchar y obedecer siempre este canto de amor divino?

El mono codicioso



EN TODO JARDÍN ZOOLOGICO, los monos siempre constituyen la mayor atracción. A la gente le gusta ver cómo saltan, juegan, comen y actúan en general. Y así como todo zoológico tiene sus monos, en nuestro curioso “zoológico” tampoco podían estar ausentes.

Los monos suelen ser muy codiciosos. Por ejemplo, cuando arrancan un coco de la palmera, se aferran tanto a él que no hay manera de quitárselo por ninguna razón. Y los nativos que cazan monos para venderlos, aprovechan esta característica para apresarlos vivos. Lo que hacen estos cazadores es tomar un coco de regular tamaño y efectuar en él un agujero, como para que entre ajustadamente la mano del mono. Luego atan el coco al extremo de una cadena, y el otro extremo de es-

ta a una estaca cercana, y desaparecen de la vista.

Pero no pasa mucho tiempo antes de que un mono aparezca por el lugar y vea el coco. Entonces meterá su mano en el agujero para sacar algo de la blanca pulpa del coco, que tanto le agrada comer. Pero al cerrar su mano para extraer el alimento, descubrirá que así cerrada no la puede sacar. Esto lo vuelve muy airado, pero a la vez rehusa soltar la parte de pulpa que tiene en la mano. De este modo, el pobre mono queda aprisionado. Y mientras no abra su mano, no podrá comer lo que tiene en ella, ni podrá escapar. No se da cuenta de que si sólo soltara la porción de coco que tiene en la mano, podría recuperar su libertad. Pero la codicia del mono es tan grande que allí queda condenado, hasta que lo toma el cazador para ser vendido.

¿Cree usted que existe mucha diferencia entre la actitud del mono y el necio comportamiento de muchos seres humanos? De un irracional, con su natural limitación, podemos admitir diversidad de errores. Pero, ¿cómo po-

dríamos admitir que en el gran “zoológico” de la familia humana, haya seres tan codiciosos que sólo se ocupen en acumular y acaparar? A los tales sólo les interesa acopiar bienes materiales. Se aferran a ellos como a la vida misma, para descubrir por fin que la trampa de la codicia los ha esclavizado y destruido.

¿No conoce usted a personas enfermas de materialismo? Estas almas no pueden concebir la vida, sino a través de lo que ganan y compran, y lo que luego exhiben con insensata vanidad. ¡Cuántos de estos seres pasan por el mundo sin contemplar otros intereses que los de su propio bolsillo! Y así viven: quizá llenos por fuera, pero vacíos por dentro. Sin disfrutar de los valores superiores de la vida, porque sistemáticamente los ignoran en su diario proceder. ¿Es esto realmente vivir? Jesucristo ya había advertido al respecto, cuando dijo: “La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (S. Lucas 12: 15).

¡Qué estrecho el horizonte, qué egoísta el corazón, y qué triste el alma de quien sólo

acumula pero no sabe compartir! ¿Es esto ganar, o realmente es perder? Jesús contesta con esta pregunta: “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (S. Marcos 8: 36). Volviendo a la historia de los monos, ¿no valdrá la pena abrir la mano de la generosidad, a fin de evitar la autodestrucción? Dice la divina promesa: “El que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Corintios 9: 6).

Tercera parte

Contrastes en el “zoológico”



Las dos cotorras



EN NUESTRO RECORRIDO por el “zoológico”, nos toca ahora observar el comportamiento de dos cotorras. Una de ellas tenía la fea costumbre de decir continuamente malas palabras. Las había aprendido de su propio dueño, quien era un hombre bastante malhablado. Sin embargo, éste debía pasar vergüenza cuando llegaban visitas a su casa, y a la cotorra se le ocurría decir sus picantes palabras.

Al ver la gran preocupación del hombre, una de sus vecinas quiso ayudarlo. Para ello, le sugirió que él dejara su cotorra durante algún tiempo en la casa de ella, donde había otra cotorra, que sólo decía palabras buenas y que aun sabía rezar. “Quizá juntándolas

—dijo la señora—, la cotorra malhablada olvide su lenguaje y aprenda los rezos de la mía”. Y así se juntaron las dos cotorras. Pero ¿cuál fue el resultado? Simplemente, que una cotorra decía sus malas palabras de siempre, y la otra respondía “Amén”. Un efecto totalmente contrario al que se había buscado.

Real o irreal, el incidente encierra una buena moraleja. ¡Cuán dominante puede llegar a ser la influencia negativa sobre los demás! A menos que una persona tenga una gran firmeza de carácter, fácilmente puede ser contagiada por el prójimo inmoral o por el mal ambiente del lugar. Por desgracia, así como es la enfermedad la que contagia, y no la salud, en el terreno de la convivencia diaria el mal influye más que el bien sobre las personas.

¡Qué advertencia para los padres! Cuando los hijos se relacionan con otros niños y jóvenes, ¿no deberían los padres conocerlos, para asegurarse de que no recibirán una influencia perjudicial, que pudiera echar por tierra la buena formación del hogar? ¡Cuántos hijos

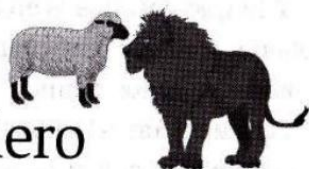
adquieren malas costumbres y se corrompen moralmente, por causa de influencias nocivas de compañeros mal enseñados! Por lo tanto, debería vigilarse que la vida social del hijo sea un medio formativo, y nunca corruptor de sus buenos hábitos.

Y lo que decimos acerca de los hijos, ¿no debería tomarse en cuenta también para protección de los adultos? Es imposible que nos mantengamos limpios si deliberadamente convivimos con el fango de la maldad. El mal tiene tal fuerza de penetración, y se introduce con tanta sutileza en el alma, que es menester permanecer alertas para impedir ser manchados por él. Además, deberíamos manejar con tanta destreza nuestras virtudes, que nos convirtamos en una fuerza constructiva. Como lo dice San Pablo: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12: 21).

He aquí una fórmula efectiva para evitar que el mal nos manche: *El barro sólo se adhiere en la pared rugosa, mientras que resbala sobre el mármol pulido.* ¿No habremos de

pedirle a Dios que pule nuestra alma, para que ninguna forma de lodo moral se adhiera en ella? El lo puede hacer, si usted se lo pide. Es posible evitar que la cotorra del mal nos transfiera su maldad.

El león y el cordero



EL REY DE LA SELVA, fuerte y poderoso, también tiene su lugar en nuestro “zoológico”. Lo veremos en contraste con el manso cordero.

Cierto profesor de biología intentó que convivieran en la misma jaula un león y un cordero. El quería demostrar que era posible que ambos animales se acostumbraran a vivir juntos y en paz. Al cabo de un tiempo, alguien le preguntó al profesor: “¿Y cómo le va con su experimento?” A lo cual respondió: “Ah, muy bien; sólo tengo el inconveniente de que a menudo debo reemplazar al cordero”.

Era imposible que dos animales de naturaleza tan diferente pudieran vivir tranquilos en la misma jaula. El pobre cordero siempre salía perdiendo. Y esto, que lo entendemos fácilmente, cuántas veces lo olvidamos en nuestra manera de vivir. Con frecuencia alternamos y convivimos a sabiendas con el mal, pero pretendemos que no nos afecte. Podemos parecernos a aquella dama que descendió con su vestido inmaculado a la profundidad de una mina de carbón, y luego se extrañó de que el vestido se le ensuciara tan feamente.

Quien desee mantenerse limpio, ¿no debería evitar el contagio con la impureza? Quien no quiera quemarse, ¿no debería ser prudente con el manejo del fuego? Quien no desee ser devorado por el león del mal, ¿no debería guardar buena distancia de él? De ahí la expresión de San Pablo: “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?” (2 Corintios 6: 14, 15). Y San Pedro advierte: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo,

como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 S. Pedro 5: 8).

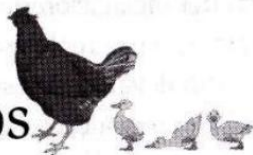
Frecuentemente, se nos ofrece en la misma bandeja la bondad y la corrupción. Y no siempre es fácil distinguir entre lo bueno y lo malo. De ahí que se deje de aborrecer el mal y de amar el bien. Este tiempo nuestro exige de cada persona la capacidad de saber decirle NO al mal, y decirle SI a lo correcto, aunque esto pueda demandar valor para ir contra la corriente.

El profesor del relato pretendía un imposible. El león siempre terminaba comiéndose al cordero. Y cuando deliberadamente nos exponemos al mal o jugamos con él, pensando que no nos dañará, corremos el mismo fin que el indefenso cordero. ¿Qué esperamos de la vida? ¿Prevenir los estragos del mal en nuestra experiencia, y asegurarnos bienestar y prosperidad? Entonces ya conocemos el camino de la seguridad. *Ese camino se recorre con rectitud, integridad y limpieza en el comportamiento diario.*

Todo lo que sea decencia y corrección lleva la bendición de Dios, y procede de él. Lo

demás es sólo una pantalla o una máscara, tras la cual se esconde la pobreza moral con sus inevitables consecuencias. ¿Con cuál de estas dos opciones nos quedaremos?

La gallina y los patitos



¿**L**E SIGUE agradando hasta aquí nuestro "zoológico"? De cada animal hemos extraído alguna lección aplicable a nuestra vida. Y ahora nos toca observar a aquella gallina, debajo de la cual se habían colocado varios huevos de pato para que los empollara. A su debido tiempo nacieron los patitos, y comenzaron a dar sus paseos acompañados de la gallina.

La gallina madre no se explicaba por qué sus polluelos eran tan diferentes de ella. Y ocurrió que cierto día llegaron a las cercanías de un estanque, y los patitos, instintivamente,

se fueron en línea recta hacia el agua. La pobre gallina, creyendo que estaban en peligro de ahogarse, hacía desesperados intentos para llamarlos y salvarlos, pero sin resultado. No importaba que se los hubiese criado en tierra seca, nadie pudo borrar de aquellos patitos su natural inclinación hacia el agua, porque era parte de sus propios instintos.

¿No llevamos los seres humanos, también por instinto, a Dios en el alma? Negar su existencia equivaldría a desnaturalizarnos. Sería resistirnos a aceptar algo que de todos modos se impone en el corazón. El rey David declaró que Dios estaba “impuesto” en todos sus caminos, y que no importaba adonde fuera, allí advertía la presencia divina.

Cierto filósofo francés afirmaba que los hombres creen en Dios sólo porque se les inculca esta creencia desde niños. Y para demostrar su pensamiento, llevó a un niño a su finca para educarlo con la orden expresa de que nadie le hablara de Dios. Pero al poco tiempo de iniciada su educación atea, el filósofo encontró al niño cierta mañana mirando

fijamente hacia el sol naciente, y diciendo estas palabras: “¡Cuán hermoso eres, oh sol! ¡Cuánto más grande y hermoso debe ser el que te hizo! Yo no lo conozco; pero si tú lo ves, llévale un beso de mi parte”.

Sí, la convicción de la existencia de Dios forma parte de nuestra naturaleza. Es un instinto humano, como lo reveló el niño de este experimento; o como lo ilustraron los patitos de la historia. Por instinto, la gallina permaneció en tierra seca, y por igual razón los patitos se vieron atraídos por el agua. ¿Nos dice nuestro corazón que Dios existe, que él es todopoderoso, y que podemos confiar en su conducción de amor?

Mientras el sol mantenga su brillo; mientras la tierra siga girando sobre su eje; mientras las nubes del cielo nos regalen su lluvia; mientras tengamos aire para llenar nuestros pulmones; mientras nuestro corazón siga latiendo... Mientras ocurra todo esto, podremos saber que Dios existe, y que “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17: 28). Además, cada expresión sincera de afecto humano

no es otra cosa que un reflejo del amor divino, instalado en nuestros corazones.

Es señal de cordura espiritual confiar en Dios y rogarle que él dirija nuestra vida. Si él rige sabiamente sobre el universo infinito, ¿cómo no habría de regir tiernamente nuestro ser individual?

Las dos ranas



CUENTA una fábula que cierto día dos ranas cayeron al mismo tiempo en dos diferentes cántaros de leche. Una de ellas, en seguida comenzó a sentirse sofocada, y se dijo a sí misma: “Yo no puedo respirar aquí, y tampoco puedo salir porque las paredes del cántaro son muy altas. Me voy a morir”. Y efectivamente, poco después se murió.

La otra rana también tenía dificultad para respirar. Pero con toda decisión comenzó a moverse y agitarse, hasta que la leche se con-

virtió en manteca. Entonces, sentándose sobre esa base firme, pudo respirar bien y momentos más tarde se libró de su prisión.

¡Dos ranas en contraste! La primera, símbolo del pesimismo; la segunda, fiel semblanza del optimismo. Y al igual que estas dos ranas, ¿no solemos caer nosotros también en situaciones de estrechez y de angustia? En tal caso, podemos reaccionar como los batracios del cuento. O nos dejamos estar, dándonos por vencidos; o hacemos algo para salir del pozo donde estamos.

Muchos se asemejan a la rana pesimista que, sin ánimo de lucha, se dejó aplastar y se echó a morir. ¿No conocemos a personas que frente al primer problema que les aparece, lo ven todo negro y ya se preparan para fracasar? ¿O no sabemos de gente que después de un traspie cualquiera se sienten fracasados por el resto de su vida? A veces puede tratarse de un enfermo que, creyéndose afectado de una enfermedad incurable, renuncia erróneamente a la vida y dice: “¿Para qué seguir sufriendo? Déjenme morir”.

Todas éstas, y muchas otras parecidas, son formas de abandonar la lucha o de salir perdedores en ella. En cambio, el que no se deja aplastar, el que aun sin ver claro el horizonte se esfuerza con esperanza, éste tiene las mejores posibilidades a su favor. Su mismo ánimo, su constancia, su valor y su fe le ayudan a sobreponerse a cualquier contrariedad, por más amarga que parezca.

Así actúa el cristiano, con un optimismo permanente. Porque recuerda que para toda necesidad puede encontrar en Dios una ayuda poderosa. Y así se torna cierto el dicho de que "Dios escribe derecho sobre líneas torcidas". Realmente, el Señor puede enderezar el camino sinuoso, iluminarlo si está oscuro, y allanarlo si tiene obstáculos. Dios puede "escribir" derecho en nuestra vida si la colocamos con fe bajo su divina conducción.

Cuando confiamos en Dios y en su amor paternal, nada puede echarnos abajo o mantenernos en el fondo del pozo. Con él es posible resolver todos los problemas, o aliviar el peso agobiante de ellos. Por eso, el salmista

David escribió: "Gustad, y ved que es bueno Jehová; *dichoso el hombre que confía en él*". Y además dijo: "*Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano*" (Salmos 34: 8; 37: 24).

¿A cuál de las dos ranas se parece usted? El verdadero creyente es siempre optimista. Como resultado, goza de un espíritu radiante, tiene mejor salud y comunica alegría a sus allegados.

El sapo y la luciérnaga



SIGUIENDO nuestro recorrido por el "zoológico", detengámonos ahora frente a dos animalitos de la noche.

En una calurosa noche de verano, junto a un charco de agua descompuesta, en pleno campo, croaba ufano un enorme sapo, cuando vio en lo alto de una roca vecina la hermosa luz de una luciérnaga. Y pensando que

nadie podía exhibir cualidades que él mismo no poseía, el sapo saltó sobre la pequeña luciérnaga, y la cubrió con su frío vientre.

El pobre insecto, entonces, así aprisionado y casi muerto, le preguntó a su agresor: “¿Por qué me tapas y me aplastas?” Y el sapo, cargado de envidia, le respondió: “Y tú, ¿por qué brillas?” Al sapo no le dañaba la luz de la luciérnaga. Lo que le molestaba era que otro ser tuviera algo que él nunca podría poseer. Era envidioso.

¿No cree usted que abundan los seres humanos que se comportan como el sapo de la fábula? Los tales no pueden soportar que otros tengan virtudes, logren cierto éxito o posean algún bien que ellos mismos no tienen. ¡Cuán lamentable y mezquina es la conducta del envidioso! De los defectos humanos, quizá sea la envidia el que más robe la alegría de la vida. Separa al hombre de sus hermanos y amigos, le produce amargura, y lo induce a la calumnia y la difamación.

Hija del egoísmo, la envidia es una enfermedad espiritual que mancilla el alma y envi-

lece el carácter. El rey Salomón la llama “carcoma de los huesos”, es decir, la descomposición que corroee la vida interior.

Tan deplorable es el sentimiento del envidioso, que estaría satisfecho si pudiera ver fracasar a otros en los puntos en que él ha triunfado. O bien, le molestan a tal grado los triunfos ajenos que si él mismo no es capaz de lograrlos, comienza a echar sombras sobre quienes los han alcanzado. Y con eso no pretende otra cosa que desmerecer al prójimo y aparecer él como el más virtuoso.

Pero esta forma de obrar y de sentir, ¿tiene razón de ser? Es simplemente imitar la insensatez del sapo de la fábula. Porque si vamos a incomodarnos por cualquier superioridad que veamos en los demás, tendríamos que envidiar a todos, ya que en algún aspecto todos son superiores a nosotros, así como nosotros a ellos.

¿Existe algún preventivo o antídoto para la envidia? Las Sagradas Escrituras afirman que “el amor no tiene envidia”. ¡Qué fuerza constructiva tiene el amor! En un corazón carga-

do de amor a Dios y al prójimo no puede tener cabida ningún mal sentimiento. El amor genuino se goza en el bien y en la prosperidad de los demás. Pondera las virtudes ajenas y rehusa manchar la buena reputación de terceros.

La clave de la excelencia humana yace en el amor fraterno que pueda llenar el corazón. Por lo tanto, quien desee vivir libre de envidia hará bien en cultivar el amor y todo otro noble sentimiento. San Pablo aconseja: "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, *en esto pensad*" (Filipenses 4: 8). ¿No es ésta una sabia manera de embelescer la vida interior? ¿De qué otra forma se podría vivir con paz y alegría?

En el gran "zoológico" de la familia humana no tiene cabida la envidia. La vida agradable y constructiva sólo se deriva del amor nacido de Dios. ¿No beberemos hoy entonces un sorbo del amor divino?

... Y Dios dijo No

*Le pedí a Dios que me quitara el orgullo,
y Dios dijo No.*

*Me dijo que no era algo que él tenía
/que quitarme,*

sino que yo tenía que entregar.

*Le pedí a Dios que me concediera paciencia,
y Dios dijo No.*

*Me dijo que la paciencia es producto
/de la tribulación.*

No se concede, se conquista.

*Le pedí a Dios que me diera felicidad,
y Dios dijo No*

Me dijo que él da bendiciones.

La felicidad depende de mí.

*Le pedí a Dios que me evitara todo dolor,
y Dios dijo No.*

*Me dijo que el dolor y el sufrimiento
/me apartan*

de las preocupaciones, y me acercan más a él.

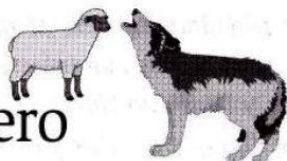
*Le pedí a Dios que hiciera crecer mi espíritu,
y Dios dijo No.*

*Me dijo que debo crecer personalmente,
pero que él podría de vez en cuando.*

*Le pregunté a Dios si me amaba,
y Dios dijo que Sí.
Me dijo que me había dado a su único Hijo
que había muerto por mí,
y que un día estaré junto a él porque tengo fe.
Le pedí a Dios que me ayudara a amar a otros
como él me ama a mí.
Y Dios dijo: "Por fin estás comenzando
/a entender".*

—Bucalcide Viocort

El lobo y el cordero



DE NUEVO nos encontramos con una de las narraciones de Esopo, el antiguo fabulista griego. Cuenta él que, acosados por la sed, llegaron a cierto arroyo un lobo y un cordero. El cordero se puso a

beber en la parte más baja de la corriente; y el lobo, por el contrario, se fue a la parte más alta.

Buscando un pretexto de riña, el lobo le dijo al cordero: “¿Por qué has enturbiado el agua mientras yo bebía?” “¿Estás loco? —repuso el inocente cordero—, ¿cómo podría enturbiarla, si el agua corre desde tu lado hacia el mío?” Ante tal argumento, el lobo debió callar y morderse los labios. Pero luego, reponiéndose, le dijo al cordero: “Has de saber que hace seis meses me llenaste de injurias”. “¿Seis meses? —contestó el cordero—, si no tengo más que cinco de vida”. “Bien, entonces habrá sido tu padre”. Y arrojándose sobre el pobre cordero, lo devoró.

La moraleja que el autor extrae de su relato, es la siguiente: “Cuando los fuertes se empeñan en tener razón, pobres de los débiles”.

La narración descubre el increíble contraste entre los débiles y los prepotentes. ¿No vemos todos los días este contraste en el “zoológico” de nuestra sociedad moderna? Es el fuerte que se abusa del alma dócil; el adulto

que arruina al joven con la droga maldita; el rico que le quita al pobre lo poco que éste tiene; el atropellador irrespetuoso que avasalla sin razón; el funcionario que se sirve abusivamente del subalterno... En fin, cuántos otros ejemplos dolorosos de esta misma especie podríamos citar.

Incluso, dentro de la convivencia matrimonial no es extraño encontrar al hombre que disminuye y humilla a su mujer. Es el esposo que hiere de palabra, y a veces con sus manos, al ser que le prometió amor y protección. Y cuando un esposo cruel de esta clase domina y somete a su cónyuge, repite la triste historia del lobo destructor. Resultado: la agresión y la amenaza arruinan el hogar, y por fin se quiebra la sociedad matrimonial.

El malo, por ser malo, no puede tolerar al bueno. Frente a él se siente reprochado. Y no descansará hasta que destruya o saque de su vista al inocente. Pero esta persona "poderosa" está enferma de pequeñez. Por eso suele gritar y amenazar sin motivo, para tratar de imponerse sobre los demás.

La mentalidad del lobo feroz nos recuerda a los enemigos de Jesús, quienes hicieron lo indecible por encontrar alguna falta en el Maestro. Pero no encontrándola, torcieron la verdad y presionaron sobre el gobernador romano, hasta que dieron muerte al Dador de la vida. Como lobos enfurecidos acometieron contra "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

¿Hemos hecho alguna vez el papel de lobos? Quizá, deseosos de ganar algún favor, ¿le hicimos una fea zancadilla a nuestro hermano? En tal caso, cuán amargo sabor nos habrá quedado en el alma, ¿verdad? Porque la vida dulce y dichosa se consigue amando al prójimo, respetándolo y haciendo por él lo que quisiéramos que él hiciera por nosotros. Este es el noble desafío que Dios coloca delante de cada uno de sus hijos. En esto consiste la vida superior del cristiano. ¿No le parece?

La rana y el buey



EN NUESTRO peculiar “zoológico”, nos encontramos ahora con otros dos animales en contraste: la rana y el buey. Corpulento y majestuoso se paseaba el buey por el campo, cuando acertó a pasar junto a él una pequeña rana. Al ver al buey tan imponente, la rana sintió deseos de ser como él. ¿Por qué ella habría de ser tan pequeña, y los otros animales tan grandes?

Y la rana llegó a pensar que podría aumentar su tamaño con sólo proponérselo. Así que comenzó a hacer la prueba. Abrió bien su boca, aspiró todo el aire que pudo, y se infló bastante... Entonces les preguntó a sus compañeras: “¿Soy tan grande como el buey?” Y ellas le dijeron: “¡Oh, no! ¡Ni la sombra!” De inmediato, la rana volvió a tragar tanto aire como pudo, y se hinchó un poco más. “Y ahora, ¿cómo estoy?” volvió a preguntar a sus compañeras.

Y ellas le respondieron: “¡Te falta mucho todavía!”

Luego, la rana hizo la prueba por tercera vez. Pero con tan mala suerte que su piel, que estaba tan tirante, no aguantó más y estalló con el esfuerzo. Y así murió la pobre rana, víctima de su necio agrandamiento.

Adondequiera vamos, nos encontramos con hombres y mujeres tan insensatos como la rana del cuento. Quizá se trate de personas rebeladas contra sí mismas, que están desesperadas por tener las ventajas del vecino. Piensan en su tamaño, más que en la calidad de su vida. Se preocupan por impresionar, más que por ser. Son seres que viven comparándose con los demás, y que sufren cada vez que se encuentran con alguien de mayor prosperidad o notoriedad.

Es bueno observar los méritos ajenos, pero jamás para rivalizar con nuestro hermano, sino más bien para imitarlo dentro de lo posible. Todo lo echamos a perder cuando queremos ser grandes por simple vanidad, o para conseguir beneficios egoístas. Con semejante

modo de ser sólo se llega a la autodestrucción, como le ocurrió a la rana de la fábula. ¿Qué importa que el otro sea más acaudalado, más atrayente o más favorecido? ¿Vamos a ensuciarnos de codicia o de envidia por eso? ¿O vamos a resentir nuestra autoestima, para desembocar en un complejo de inferioridad?

Nada mejor que *ser uno mismo*, sin imitar servilmente a nadie. Y con lo que somos y tenemos, conservar la mejor calidad y ser personas de bien. Ya lo decía el poeta:

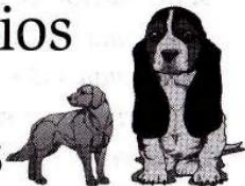
*Si no puedes ser pino en la cumbre,
sé la mata del valle, la más linda
de las matas que van junto al arroyo;
sé el arbusto, si el árbol está arriba.
De no ser el camino, sé el sendero;
si no el sol, sé la estrella que titila;
no busquemos tamaño en la pelea,
sino ser lo mejor en nuestras filas.*

Esta es la única manera como podemos disfrutar de contentamiento y de paz interior. Sin embargo, esto no significa que debemos

renunciar a la sana ambición o al noble espíritu de constante superación. Simplemente, se trata de vivir con mayor sensatez, y con un sentido equilibrado de autovaloración.

Gracias, Dios, por lo que soy. Ayúdame a aceptarme tal cual soy, con mis flaquezas y virtudes. Ayúdame también a superarme, pero no para competir o compararme con nadie, sino para ser y hacer lo mejor que pueda. Que siempre conserve la humildad y la dignidad de un buen hijo tuyo.

Perros limpios y perros pulguientos



PARA TERMINAR este capítulo de animales en contraste, recordemos a los perros que tenía cierta Facultad de Veterinaria con fines experimentales. Normalmente, estaban divididos en dos perreras diferentes. En una de ellas estaban los perros

sin pulgas; y en la otra estaban los perros pulguientos a la espera de un buen baño.

A lo largo de los años, los profesores de la Facultad advirtieron que los perros pulguientos estaban más tranquilos que los limpios. ¿Cuál era la razón? Sencillamente, que los animales cargados de pulgas estaban ocupados en rascarse, mientras que los otros, sin nada que hacer, pasaban todo el tiempo ladrando y creando problemas a los cuidadores.

¿Habrá en este descubrimiento alguna lección aplicable a los seres humanos? ¡Sí! Con frecuencia, cuando nos sentimos bien y nada nos molesta, tendemos a desperdiciar energías y a bajar el nivel de nuestros esfuerzos. Pero cuando las “pulgas” de las pruebas nos aguijonean y nos producen dolor de alma, podemos serenar nuestros impulsos y fortalecer nuestro espíritu.

Cuando el camino es suave, se vuelve traicionero porque adormece al conductor. Pero cuando el camino es áspero, mantiene despierto y alerta al viajero. Y en el camino de la vida hay molestias, incomodidades y dolores

que ayudan a vivir. Por eso se afirma que “el alma no tendría arco iris si nuestros ojos no tuvieran lágrimas”. ¡Cuántas veces las mayores satisfacciones, o los éxitos más ansiados, van precedidos de alguna forma de dolor, prueba o adversidad! El espíritu se vuelve más profundo, las manos más diligentes, y el corazón más sensible cuando se ha pasado por la experiencia de la aflicción.

Si usted hoy está soportando alguna pena o algún infortunio, no desmaye bajo el peso de tal contrariedad. Más allá de las nubes siempre brilla el sol. Y tras la hora sombría, Dios podrá concederle la luz de la alegría y el bienestar. La confianza en el Altísimo puede sostenernos en la dificultad; puede avivar nuestra esperanza cristiana de superación; y puede darnos fuerzas para salir de cualquier pozo de adversidad. ¿Ha perdido usted algún ser amado o algún bien material? ¿Tiene usted problemas en su ambiente familiar o laboral? ¿Siente a veces alguna depresión, alguna soledad, o alguna incompreensión? *¡Dios puede darle una mano eficaz! Tó-*

mese con fe fuertemente de ella. El Señor no lo defraudará.

Precisamente, la hora de la prueba, bien tomada, es la mejor oportunidad para buscar y encontrar la ayuda del Todopoderoso. Decía Balzac: “La desgracia crea en ciertas almas un vasto desierto en el que resuena la voz de Dios”. Sí, esa impotencia del que sufre, en el cristiano siempre produce un mayor acercamiento a Dios, y consecuentemente una más rica bendición.

Que podamos decir con el salmista bíblico: “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú”. *“Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano”*. “*Los que buscan a Jehová, no tendrán falta de ningún bien*” (Salmos 40: 17; 37: 24; 34: 10).

La próxima vez que pasemos por algún trance duro o amargo, ¿recordaremos la lección de los perros afligidos por las pulgas? Y sobre todo, ¿recordaremos que en medio de nuestras pruebas Dios desea derramar una bendición especial sobre nuestra vida?



Cuarta parte

Mas allá
del “zoológico”

Manso como cordero



NUESTRO “zoológico” nos lleva ahora a un sector particularmente interesante. Hasta aquí hemos visto el comportamiento real o fabulado de muy diversos animales. Pero en esta página deseamos presentar al manso cordero con su elevado simbolismo espiritual.

Proverbialmente dócil y manso, el cordero ha sido utilizado desde los albores de la humanidad como víctima propiciatoria para la obtención del perdón divino. Tal fue la modalidad del culto hebreo durante muchos siglos. Pero el sacrificio diario del cordero dentro de la liturgia hebrea, era apenas un símbolo del otro Cordero, de quien San Juan el Bau-

tista dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (S. Juan 1: 29).

Ya el profeta Isaías, setecientos años antes había anticipado la muerte expiatoria de Cristo, con estas palabras: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53: 7). “No abrió su boca”. Como el cordero no opone resistencia cuando es sacrificado, así Jesús —el “Cordero de Dios”— tampoco se resistió para librarse de la muerte. El que había venido “para dar su vida en rescate” de la humanidad (S. Marcos 10: 45), depuso su vida como una ofrenda de amor para asegurar nuestra redención.

San Pedro afirma que fuimos rescatados de nuestra “vana manera de vivir... con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 S. Pedro 1: 18, 19). La entrega voluntaria de su propia vida, como un dócil cordero derramando su sangre en el sacrificio, convierte a Jesús en el Redentor del mundo. Y aceptar por fe este sa-

crificio del Hijo de Dios, es la mayor adquisición que persona alguna pudiera hacer en su vida.

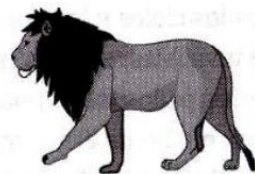
Temprano por la mañana, cierto granjero advirtió que una de las gallinas del corral estaba rígida e inmóvil, mientras varios de sus polluelos piaban debajo de ella. ¿Qué le pasaba a la gallina? Una comadreja le había chupado toda la sangre. Pero el ave permaneció sin moverse, para evitar que la comadreja matara también a sus pollitos. Jesús también permaneció inmóvil. Pudiendo librarse de la cruz, prefirió quedar en ella y derramar su sangre para darnos su vida. El Cordero de Dios murió por nosotros. “El fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados;... y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53: 5).

Pero el que ayer murió por nosotros como un cordero, es hoy nuestro divino Pastor. Y en tal carácter, él desea guiarnos como ovejas y corderos de su rebaño. Quiere seguir manifestándonos su amor perdonador y transformador. Quiere ser el Salvador de nuestra

vida. Por lo tanto, podemos allegarnos a él en busca de ayuda y comprensión. Podemos confiarle nuestros problemas y necesidades, seguros de ser auxiliados. El puede bendecir nuestras familias y nuestros trabajos cotidianos. Quiere sostenernos en nuestras luchas, y aligerar nuestras cargas. ¡Qué Cordero tan amante, que nos dio su vida! ¡Qué Pastor tan bueno y poderoso, que nos rodea con su cuidado paternal!

El libro bíblico del Apocalipsis menciona muchas veces al "Cordero" como el Cristo victorioso, reconocido y alabado por todos los redimidos. Que este mismo espíritu de gratitud y alabanza domine cada día nuestra vida. Esto llenará de gozo y de paz nuestro corazón.

Fuerte como león



NUESTRO "ZOOLOGICO" sería incompleto si no presentáramos aquí al "León de la tribu de Judá" (Apocalipsis 5: 5). ¿Quién es este León? Así como el león común es "el rey de la selva", este León supremo es el Rey del universo, Creador de los cielos y de la tierra, cuyo poder excede todos los poderes del mundo.

El manso Cordero y amante Pastor, a quien presentamos como tal en nuestro tema anterior, es llamado también "León", en virtud de su fuerza y su poder. Este es uno de los tantos nombres que recibe Jesús, quien fue tierno para morir, pero poderoso para resucitar. Y su poder ilimitado se advierte desde la misma creación del mundo. Su sola palabra trajo a la existencia todo lo que vemos. "El dijo, y fue hecho; él mandó, y existió" (Salmos 33: 9). "En él fueron creadas todas las cosas, las que hay

en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él" (Colosenses 1: 16).

Cierto día Miguel Ángel visitó el estudio de Rafael. Pero el gran pintor estaba ausente. Como el criado le preguntara su nombre, respondió trazando sobre la pared un rostro humano. Al regresar Rafael, el criado le dijo que había llegado un visitante que no había querido dejar su nombre, pero que en cambio había hecho esos trazos sobre la pared. Cuando Rafael observó tales trazos, exclamó admirado: "¡Sólo puede ser la mano de Miguel Ángel!"

Y así como esas líneas revelaban la mano inconfundible del gran artista, de igual manera el mundo natural revela el arte inconfundible del divino Creador. La perfección y la belleza, unidas a las leyes que las rigen, proclaman la sabiduría y el poder de un Dios infinito. ¿Quién sino él pudo haber creado tanta maravilla? Las explicaciones del incrédulo, que descartan la acción creadora del Todopoderoso, no alcanzan a convencer la razón.

Dios estaba primero. El lo hizo todo. La fuerza de este "León" —Dios en persona— no tiene rival. Nadie puede arrebatarle su poder creador y sustentador. "El es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" (Colosenses 1: 17).

Pero este Dios, Jesucristo, no sólo es el Creador y el Sustentador de todo lo existente. Es también el Redentor, quien provee vida eterna al que lo acepta como tal. Él tomó la naturaleza humana, para luego ofrendarnos su vida. *"No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos"* (Los Hechos 4: 12).

Nadie ha vencido a este "León", ni lo vencerá. Es el eterno Vencedor. Venció a la muerte, y a todas las fuerzas que se levantaron contra él. Por eso, él mismo declara: "Confiad, yo he vencido al mundo" (S. Juan 16: 33). El poder de Cristo no ha menguado con el paso del tiempo. "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Hebreos 13: 8). Y lo que llena el alma de confianza es que él obra con su poder dentro de nuestro corazón.

Con su poder, Cristo renueva nuestros pensamientos, transforma nuestro carácter y ennoblece nuestras acciones. Sólo él mediante su Espíritu puede darnos vida nueva y vida eterna. Este divino "León" nos libra del mal; nos protege ante cualquier agresión o peligro. Y nos dice: "No temas, confía en mí. Yo te salvaré". ¡Vale la pena recordar cada día esta preciosa promesa de salvación!

¿Qué te daré, Señor?

*Cantar, Señor, tus dones desearía;
cantarlos no, gritarlos ante el mundo,
decirlos en un himno, tan profundo,
que resonara siempre, noche y día.
Así mi voz sincera llegaría
a ensalzar tu poder magno y fecundo;
así también mi amor, grato y profundo
estampado en sus notas quedaría.
Era yo nada: tú de ella me sacaste;
manchado vine: y tú me redimiste;
mucho pequé: mas tú me perdonaste;
maldito estaba: y tú me bendijiste.
¡Gracias, Señor, por cuanto me otorgaste!
¡Gracias sin fin, por lo que tú me diste!*

El "zoológico" perfecto



LEGAMOS AL FINAL de nuestro "zoológico", diciendo que todos los zoológicos de la tierra son incompletos e imperfectos. Ninguno de ellos puede contener todas las especies animales, como tampoco ofrecer el ambiente ideal de libertad. De todas maneras, un buen zoológico proporciona un agradable esparcimiento y una valiosa enseñanza para chicos y grandes.

Pero será bueno saber que algún día dejarán de existir los jardines zoológicos de todos los países. Ya no habrá animales feroces ni encerrados en ningún rincón del planeta. El profeta Isaías predice ese tiempo de la siguiente manera: "Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará;

el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora" (Isaías 11: 6-8). ¡Qué zoológico tan maravilloso!

Así será el mundo perfecto del mañana, el reino eterno de Dios, donde todos viviremos en paz y en la grata compañía de animales amigables. Allí desaparecerá toda forma de temor. Ninguno peleará contra otro: ni los seres humanos, ni los animales entre sí. Nadie usará la fuerza para defender sus derechos, o para hacer justicia, porque Dios promete darnos "cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" (2 S. Pedro 3: 13).

Quedarán atrás para siempre las odiosas injusticias humanas que hoy manchan la tierra de horror y de vergüenza. Allí nadie se quejará de nadie. Existirá la armonía de una convivencia fraternal. La solidaridad y el afecto serán la nota dominante de cada cora-

zón. Aun la vegetación, unida a la fauna renovada, participará de esta transformación global. "Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa" (Isaías 35: 1).

En cuanto a los redimidos, "gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido" (Id., 35: 10). Ya no habrá gente frustrada, desanimada o deprimida. Todos seremos sanos, fuertes y felices. "No habrá muerte, ni habrá llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apocalipsis 21: 4). Así de gloriosa será la vida en el reino perpetuo que Dios promete a sus hijos. Nadie tendrá aflicción ni enfermedad. *¡Viviremos sin ver la muerte jamás! Y todos los animales, desde el ave canora hasta el apaciguado león, aumentarán nuestra dicha con su tierna compañía.* Ante tanta perfección y belleza, bien podemos recordar las palabras de San Pablo: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2: 9).

¿Cuándo se producirá toda esta maravilla? Cuando Jesucristo vuelva a la tierra —según él mismo prometió—, y haga “nuevas todas las cosas” en su reino sempiterno. Su promesa dice concretamente: “Vendré otra vez” (S. Juan 14: 3). En forma directa o indirecta, esta misma promesa de redención y transformación aparece más de trescientas veces sólo en el Nuevo Testamento. Tal reiteración aclara la índole de la promesa, y muestra la certeza de su pronto cumplimiento.

Los acontecimientos mundiales que ocurren en nuestros días son verdaderas señales, que anuncian el fin del mundo actual y la inminente venida de Cristo. Así lo confirman las numerosas profecías de los Evangelios. Por lo tanto, la exhortación divina nos insta a vivir preparados para la llegada de ese día. “No durmamos,... sino velemos” espiritualmente, escribe el apóstol Pablo (1 Tesalonicenses 5: 6). San Pedro añade: “Debéis andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios” (2 S. Pedro 3: 11, 12). Y Jesús declara: “Erguíos

y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (S. Lucas 21: 28).

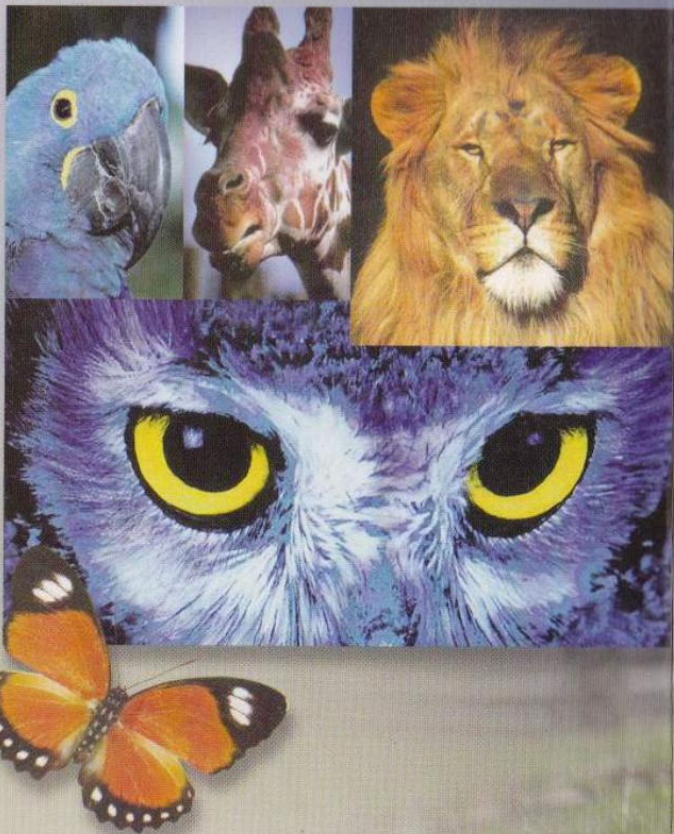
Estamos, pues, en vísperas del eterno amanecer de Dios. Y cuando llegue esa hora tan ansiada, el mal y los malos desaparecerán para siempre. La familia de los redimidos disfrutará del mundo nuevo y eterno junto al Creador y Redentor. ¿Nos estamos preparando para morar allí? ¿Estamos viviendo cada día en armonía con la voluntad de Dios? Si Jesús regresara en cualquiera de estos días, ¿habría temor o alegría en nuestro corazón? Con el final mismo de toda la Sagrada Escritura, decimos: “Sí, ven, Señor Jesús”.

Por las páginas de nuestro singular “zoológico” han desfilado diversos animales. Vea el índice para recordarlos una vez más. De todos ellos, con sus rasgos positivos o negativos, hemos extraído provechosas reflexiones. Nuestra recorrida ha terminado. ¿Le agradó visitar este “zoológico”? Vuelva a estas páginas toda vez que pueda, para revivir su contenido aleccionador.

Y que cuando estemos en el “zoológico” perfecto del mundo eterno, podamos recor-

dar que aquí en la tierra HABÍA UNA VEZ UN ZOOLÓGICO, que nos ayudó a ser mejores hijos de Dios. Se lo desea el autor, de todo corazón.

FIN



ISBN 1-57554-064-9



9 781575 540641